



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

MAESTRÍA EN PSICOANÁLISIS Y EDUCACIÓN
I PROMOCIÓN

TÍTULO DEL PROYECTO DE INVESTIGACION:

“Los adolescentes y sus síntomas. Un reflejo de la inoperancia familiar.”
Previa a la obtención del Grado Académico de Magíster en Psicoanálisis y
Educación

ELABORADO POR:

Javier Emilio García Navas

TUTORA:

Nora Guerrero de Medina

Guayaquil, 21 de noviembre del 2018



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

CERTIFICACIÓN

Certificamos que el presente trabajo fue realizado en su totalidad por Javier Emilio García Navas como requerimiento parcial para la obtención del Grado Académico de Magíster en Psicoanálisis y Educación, I promoción.

Guayaquil, 21 de noviembre del 2018

DIRECTOR DEL PROYECTO DE INVESTIGACION

Dra. Nora Guerrero de Medina

REVISORES:

Psic. Paulina Cárdenas

Dra. Irene Trelles

DIRECTOR DEL PROGRAMA

Dra. Nora Guerrero de Medina



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

DECLARACIÓN DE RESPONSABILIDAD

YO, **Javier Emilio García Navas**

DECLARO QUE:

El proyecto de investigación “**Los adolescentes y sus síntomas. Un reflejo de la inoperancia familiar**” previa a la obtención del Grado Académico de Magíster, ha sido desarrollada en base a una investigación exhaustiva, respetando derechos intelectuales de terceros conforme las citas que constan al pie de las páginas correspondientes, cuyas fuentes se incorporan en la bibliografía. Consecuentemente este trabajo es de mi total autoría.

En virtud de esta declaración, me responsabilizo del contenido, veracidad y alcance científico de la tesis del Grado Académico en mención.

Guayaquil, 21 de noviembre del 2018.

EL AUTOR



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

AUTORIZACIÓN

YO, **Javier Emilio García Navas**

Autorizo a la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, la publicación en la biblioteca de la institución del proyecto de investigación de Maestría titulada: “**Los adolescentes y sus síntomas. Un reflejo de la inoperancia familiar**”, cuyo contenido, ideas y criterios son de mi exclusiva responsabilidad y total autoría.

Guayaquil, 21 de noviembre del 2018

EL AUTOR



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

URKUND	
Documento	Los adolescentes y sus síntomas, un reflejo de la inoperancia familiar.docx (D43068269)
Presentado	2018-10-25 13:07 (-05:00)
Presentado por	rosa.toro@cu.ucsg.edu.ec
Recibido	nora.guerrero.ucsg@analysis.orkund.com
Mensaje	Tesis de Javier Garcia Mostrar el mensaje completo 3% de estas 58 páginas, se componen de texto presente en 10 fuentes.

Tema: Los adolescentes y sus síntomas, un reflejo de la inoperancia familiar.

Estudiante: Psi. Cl. Javier Emilio García Navas

Maestría en Psicoanálisis y Educación.

Elaborado por:

DRA. NORA GUERRERO DE MEDINA

**DIRECTOR DE TRABAJO DE TITULACIÓN DE LA MAestrÍA EN
PSICOANÁLISIS Y EDUCACIÓN**

Agradecimiento

Un agradecimiento general dirigido a cada persona que se tomó el tiempo para escuchar los comentarios que realicé sobre la tesis durante su elaboración. Simpatizantes o no del psicoanálisis, me recuerdan que no se trata solo de hablar, sino de hablar con alguien.

Un agradecimiento especial a mis compañeros y amigos de maestría que supieron aterrizar conceptos mediante chistes que aún resuenan en el inconsciente.

A mi familia por ese apoyo que no se quiebra con nada, cada uno de ustedes conforma una constelación que da luz a mi universo.

Y a mi esposa, motor del deseo, amor que no se encuentra pero que no cesa de buscarse.

Javier Emilio García Navas

Dedicatoria

Dedico el presente trabajo a todo aquel que encuentre en sus páginas un
motivo de lectura.

A mis padres que con entrega han invertido tanto tiempo y dinero en mi
formación. Se merecen esto y mucho más.

Y a los jóvenes que consultan siempre con una pregunta singular

Javier Emilio García Navas

Índice General

1. Planteamiento de la investigación.....	2
1.1. Antecedentes.....	2
1.2. Descripción del objeto de investigación.....	3
1.3. Justificación.....	5
2. Preguntas de investigación.....	6
3. Objetivos.....	6
4. Marco Teórico.....	7
4.1. Introducción.....	7
4.2. Capítulo 1: La familia.....	10
4.3. Capítulo II: El adolescente.....	25
4.4. Capítulo III: El síntoma adolescente.....	46
4.5. Capítulo IV: Presentación de casos.....	60
5. Metodología.....	78
6. Conclusiones.....	80
7. Plan de trabajo.....	84
8. Bibliografía.....	85

Resumen

Dificultad presente en los adolescentes, pertenecientes a una institución educativa en la ciudad de Guayaquil, para enfrentar las contingencias reflejado en su sintomatología que da cuenta de una inoperancia familiar.

En sus discursos figuran dramas familiares, los cuales pasan desde familias aparentemente tradicionales hasta las nuevas familias compuestas, todas con un rasgo en común: los roles son confusos, y los puntos de referencia se han perdido, lo cual trae ciertas dificultades.

Existen muchos espacios físicos destinados a los adolescentes, por ejemplo dentro de las instituciones educativas se encuentran departamentos, salones, aulas, en los cuales disfrutar de actividades físicas, lúdicas o deportivas, pero estas no alcanzan si se carece del gusto por la vida que permitirá verdaderamente disfrutar de aquellas actividades, de encontrar un sentido en ellas, he ahí la pregunta que desarma a los maestros: *¿y eso, para qué me va a servir en la vida?*

Los adolescentes adolecen por la carencia de algún espacio que les ofrezca la posibilidad de hacer vínculo mediante aquellos rasgos particulares que poseen y les permita alcanzar un saber que les sirva para la vida, un saber que les enseñe cómo vivir por fuera de los caminos pavimentados por la pulsión de muerte. Y sin referencias simbólicas familiares a las cuales retornar en las crisis, quedan atrapados en marcos imaginarios muy frágiles, que se desarman ante lo real de las contingencias.

Palabras Claves: Adolescente; Adolescencia; Pubertad; Síntoma; Familia.

Abstract

Difficulty presented in the teenagers that assist to an educative institution in the city of Guayaquil, to face contingencies, it is reflected by their symptoms that show an insufficient operatively by their family.

In their speeches family dramas can be contemplated, from apparently traditional families to new compose families, all have one trait in common: the roles have become confuse, and the references are lost, which brings some complications.

In the institutions exists many physical spaces destined to teenagers: departments, salons, classes, where they can enjoy ludic, mental or physical activities, but these are not enough without a sense of life that allows teenagers to find a meaning in it, that's why they torture their teachers with the question: *and how will that help me in live?*

Teenagers suffer by the necessity of a place that offers them the possibility to connect with others through those traits that make them unique and allow them to reach some knowledgethat keep them strong along their lives and help them stop de death drive. And without symbolic references, they can only count with the imaginary that isn't enough against real.

Key words: Teenager; Teenage; Puberty; Symptom; Family

1. Planteamiento de la investigación:

1.1. Antecedentes

La adolescencia como concepto es muy confuso tanto psicológica como sociológicamente. Existen rasgos, actitudes, comportamientos, vivencias que podrían ser consideradas como propios de esa etapa o transición de la vida con la intención de formalizar el concepto. Pero lo cierto es que no se puede hablar con exactitud de cuándo alguien entra en la adolescencia, y cuándo se ha salido de ella convertido en un adulto socialmente responsable.

¿Qué se podría decir de la adolescencia? Que se trataría de un estadio muy turbulento, de grandes cambios biológicos, anatómicos, psicológicos. Cambios que en muchas ocasiones no se logran subjetivar, dejando huellas en la psiquis de aquellos jóvenes con efectos que tendrán su resonancia después. Es un tiempo de mucha fragilidad, en el cual las identificaciones adquieren un valor muy similar al que tuvieron en la infancia.

Nadie sabe qué hacer con la adolescencia. Los padres se preocupan porque no comprenden a sus hijos o porque estos ya no los obedecen; ellos se quejan de las metamorfosis físicas y psíquicas que contemplan en sus pares, no se entienden, no los entienden; la sociedad les otorga un lugar contradictorio, los discrimina o los adora.

El estado intenta ocuparse de las diversas problemáticas de la adolescencia con la implementación de leyes, procedimientos o departamentos, como sería el Departamento de Consejería Estudiantil (DECE) que debe existir en toda institución educativa. La familia dejó de operar como punto fundamental de referencia para afrontar las adversidades de la vida, la sociedad se amparó en los gobiernos e instituciones educativas para encomendar la educación, formación y crianza de los jóvenes. Debido a esto, los colegios ya no funcionan solo como transmisores de saberes, ahora además se espera que posibiliten espacios en los cuales los jóvenes puedan socializar e incluso rivalizar, que aprendan lo que ya no aprenden en casa.

No es suficiente con el deporte, el arte, las notas, la política estudiantil, la socialización entre pares, etc. Siempre habrá algo de la subjetividad de los adolescentes que se pondrá en juego y que en ciertos casos creará malestar. Sin importar qué

solución se invente, nunca se podrá acallar la pulsión que insiste y que se manifestará, como ya lo hace, en nuevas modalidades sintomáticas.

Con la presente investigación se pretende profundizar en las dificultades subjetivas que atañen al difícil estadio que se nombra como adolescencia, haciendo énfasis en que la adolescencia en general no existe, tratándose en realidad de la forma mediante la cual se expresa el malestar de cada adolescente. No solo dependerá del amor de la familia, ni de los esfuerzos que haga la institución por integrar a sus estudiantes, sino también atender qué pretenden decir estos sujetos con sus síntomas, para acompañarlos a descubrir soluciones inéditas que funcionen cuando todo lo demás falla. ¿Qué habla ahí donde aparentemente no se dice nada? Y de qué forma se pueden sostener ciertos lugares que, permitiendo que se inscriba algo de la singularidad de estos sujetos, acotarán la demanda incesante de la pulsión.

1.2. Descripción del objeto de investigación

¿Por qué enfocarse en la familia? Xavier Esqué (2016) propone las instituciones como los espacios privilegiados en los cuales poder leer la subjetividad de una época, ya que éstas reciben a sujetos portadores de nuevas formas de malestar, que se expresa a través de sus demandas. El trabajo consistirá entonces, en identificar con qué demandas llegan los nuevos sujetos que surgen en una *época en la que el Otro no existe*.

La familia como la primera institución a la que se pertenece, se erige como la institución primordial de los seres humanos y fundamental del sujeto. De esa institución llegan a consulta jóvenes aquejados por el inevitable encuentro con la falla familiar. ¿Qué falla en cada familia? Sólo podrá verse en la singularidad de cada caso, sin embargo, se ubica una constante en la demanda de estos jóvenes, se trata por un lado del duelo por La Familia que no existe, y por otro de la creencia en poder hacerla existir.

Paralelo a esto, se percibe además que hay una imposibilidad para el adolescente en asumirse adulto, los colegios permiten crearse la ilusión de volverse más adultos cada vez que pasan de un año al otro. Pero al llegar al último año inician a cuestionarse, y surgen frases como *Siempre pensé que a esta edad me sentiría diferente, mayor. Aun me siento un niño*, o, *Cuando era más pequeño veía a los que estaban en el último año*

como adultos, pero ahora que alcanzamos este curso veo que todos somos unos chicos. No es mucha diferencia.

¿Por qué es tan difícil para los adolescentes el reconocerse como adultos, ubicar su salida de la adolescencia? Rómulo Ferreira Da Silva sostiene que “El advenimiento de las tecnologías y del establecimiento de las distintas redes de comunicación posibilitan identificaciones nuevas y diversificadas. Ellas propician formas inusitadas de inscripción en el lazo social” (2015, p.224). Esto conlleva a una prolongación de la adolescencia, y profundiza “Esta prolongación es fruto del debilitamiento de lo simbólico, que posibilita el cuestionamiento infinito de lo que se propone como norma adulta.” (2015, p.224)

Es decir que la aparición de tantos recursos tecnológicos que tal vez en sus inicios pretendían fortalecer los vínculos y conexiones con los otros, ha provocado una fragilización del sujeto adolescente al ofertar diversas posibilidades de identificación que conllevan a cuestionar infinitamente aquello que en otro tiempo hubiese sido considerado como norma para los adultos, esta es una de las muchas situaciones capaces de ejemplificar el sentido que condensa la fórmula de *la época del Otro que no existe*.

Ya no basta con tener padre y madre para que el sujeto se identifique a lo que corresponde al ser adulto, ahora es más complicado pues el inevitable flujo de información y de imágenes captura al sujeto, y lo mantiene flotando en lo imaginario sin un terreno firme sobre el cual asentarse. En la actualidad, para el sujeto su familia pierde precozmente el lugar que ocupaba como Otro, y en su adolescencia es posible vislumbrar los efectos de aquella caída, pero también los intentos por solucionarla.

Cuando algo no marcha, será el trabajo del síntoma expresarlo. Es por esa razón que la siguiente investigación se enfoca en la población adolescente con sus manifestaciones sintomáticas que tanto interrogan a la sociedad, síntomas que en muchos casos expresan un malestar que entra en relación directa con la familia. Finalmente se contemplarán posibles vías de abordaje a esta problemática.

1.3. Justificación

Dificultad presente en los adolescentes, pertenecientes a una institución educativa en la ciudad de Guayaquil, para enfrentar las contingencias reflejado en su sintomatología que da cuenta de una inoperancia familiar.

Durante la labor ejercida por cuatro años como psicólogo de una institución educativa particular en la ciudad de Guayaquil, se ha otorgado atención psicológica a un gran número de jóvenes que cursan entre los 11 y 19 años. Con base en la información recolectada durante las entrevistas y percibiendo el malestar enunciado en las frases de aquellos jóvenes, se ha identificado una dificultad para sostener un deseo que pueda mantenerlos enganchados al gusto por la vida, además de la demanda por referentes a los cuales identificarse.

En sus discursos figuran dramas familiares, los cuales pasan desde familias aparentemente tradicionales hasta las nuevas familias compuestas, todas con un rasgo en común: los roles son confusos, y los puntos de referencia se han perdido, lo cual trae ciertas dificultades.

Esta situación conlleva a manifestaciones sintomáticas y a acting-outs que, si no son escuchados, podrían culminar en un pasaje al acto suicida. El suicidio en adolescentes es la segunda causa de muerte en el país, así lo indica un documento virtual de El Telégrafo basado en el último informe publicado por el Observatorio Social del Ecuador en el año 2011.

Existen muchos espacios físicos destinados a los adolescentes, por ejemplo dentro de las instituciones educativas se encuentran departamentos, salones, aulas, en los cuales disfrutar de actividades físicas, lúdicas o deportivas, pero estas no alcanzan si se carece del gusto por la vida que permitirá verdaderamente disfrutar de aquellas actividades, de encontrar un sentido en ellas, he ahí la pregunta que desarma a los maestros: *¿y eso, para qué me va a servir en la vida?*

Los adolescentes adolecen por la carencia de algún espacio que les ofrezca la posibilidad de hacer vínculo mediante aquellos rasgos particulares que poseen y les permita alcanzar un saber que les sirva para la vida, un saber que les enseñe cómo vivir por fuera de los caminos pavimentados por la pulsión de muerte. Y sin referencias

simbólicas familiares a las cuales retornar en las crisis, quedan atrapados en marcos imaginarios muy frágiles, que se desarman ante lo real de las contingencias.

2. Preguntas de investigación

- ¿De qué formas se expresa la subjetividad de los adolescentes en sus síntomas?
- ¿Qué podría significar una estructura familiar para un adolescente?
- ¿Qué puede mantener aferrados a la vida a los adolescentes que provienen de familias deshumanizantes?
- ¿Cómo se diferencian en la clínica los conceptos de joven, púber y adolescente?

3. Objetivos

3.1 Objetivo General:

Constatar si la sintomatología presente en los adolescentes que les dificulta mantenerse enganchados al gusto por la vida, tienen relación con la inoperancia familiar.

3.2 Objetivos específicos:

Describir de qué formas se expresa la subjetividad de los adolescentes en sus síntomas.

Comprender qué puede significar una estructura familiar en la adolescencia.

Profundizar en las circunstancias que mantienen a los adolescentes aferrados a la vida cuando provienen de familias deshumanizantes.

4. Marco teórico

4.1. Introducción

Un trabajo de investigación es orientado por los objetivos que se plantean junto con las preguntas que se intentarán responder a lo largo de su desarrollo, sin embargo, *Los adolescentes y sus síntomas, un reflejo de la inoperancia familiar*, también pretende abordar una problemática propia de la teoría psicoanalítica, se trata de la falta de un postulado que corresponda al trabajo y comprensión del adolescente.

Hay propuestas y teorías que abordan al adolescente y a la adolescencia, pero ninguna que se sostenga debido a que no se encuentran referencias en Freud y Lacan que puedan apoyar dichas formulaciones. El primero llega a hablar de la pubertad y, el segundo menciona en pocas ocasiones a los jóvenes, pero no al adolescente de forma explícita.

Se comprende que el término adolescencia no es propio del psicoanálisis, y que este en realidad adquiere valor gracias a la sociología y la psicología evolutiva. Por otro lado, el psicoanálisis no considera estructuración o etapas del sujeto, por lo tanto no existiría un psicoanálisis de niños, uno de adolescentes, uno de adultos y otro para adultos mayores. Así se explica que a pesar del vacío teórico que concierne a una concepción psicoanalítica del adolescente, hasta ahora no exista una que sea reconocida como principal pilar para dichas formulaciones.

Es decir que el establecimiento de una concepción teórica del adolescente no es indispensable para un psicoanálisis, al menos no para un psicoanálisis puro, el que se consulta de forma privada y el que se realiza recostado en el diván. Sin embargo la situación es distinta para todo aquel que trabaje en instituciones, ya que la estructura que las conforma es contradictoria con un psicoanálisis.

Los psicoanalistas y los psicólogos que orientan su práctica a través de los conceptos psicoanalíticos, llevan décadas introduciendo en las instituciones, un trabajo que le sea fiel a la teoría y a la práctica del psicoanálisis, pero que al mismo tiempo pueda responder a lo que la institución espera de aquel trabajo. La labor en instituciones implica una conexión diferente entre la teoría y la práctica pues se encuentra determinada por distintas condiciones.

Es en aquel espacio en el cual podría considerarse la existencia de una necesidad por formular y proponer nuevas vías de trabajo, vías que otorguen luces para abordar de forma más eficaz, el malestar subjetivo presente en los sujetos que frecuentan dicha institución. Es así que por ejemplo, podría suponerse que en una institución de educación superior, al recibir jóvenes entre los 11 y los 19 años, es muy probable que en ella, se hallen más adolescentes que si se tratara de una institución de educación básica o de una institución laboral.

A lo expuesto anteriormente se agrega que el significante *adolescente* ya no es solo uno que intenta delimitar un determinado grupo social, sino que actualmente se trata de uno más de los significantes que provienen del Otro, y que por ende tiene efectos en el sujeto. Los jóvenes se identifican a dicho significante y se nombran adolescentes al llegar a determinada edad, o al disfrutar de cosas que antes les era prohibido, también cuando logran sentir de forma diferente situaciones que hasta el momento se presentaban como cotidianas, o incluso cuando se suscitan interrogantes que no logran responder.

Claro que a estas circunstancias también se liga la función del fantasma que cambia con la aparición de la pubertad, concepto que se menciona pero que no se profundiza de forma exhaustiva puesto que, que el fantasma cambie o se modifique, no es algo exclusivo del adolescente o la pubertad. Del fantasma podría señalarse lo que Jacques-Allain Miller sostiene de éste, considerándolo un escape, una defensa ante el enigma del deseo del Otro, deseo ante el cual el sujeto se protege “estando en otra parte, precisamente en el fantasma” (2018, p.67). El fantasma es el lente a través del cual el sujeto observa el mundo, y encuentra su sostén en la fórmula ($\$ \langle \rangle a$), se trata de la forma que el sujeto encuentra para relacionarse con su goce, y esto involucra al Otro mediante la pregunta dirigida del ¿Qué me quiere? “El fantasma conduce al goce al principio del placer...En sí mismo, el fantasma es un sello de goce, y no un agotamiento del goce” (Miller, 2018, p.58)

Retomando la propuesta del trabajo, se considera importante comenzar a ocuparse de aquello que para un sujeto queda atrapado por el significante de *adolescente*, por eso en la investigación más vale distinguir entre lo que podría concebirse como púber y como adolescente, marcar una posible entrada y salida a cada uno. De igual manera

profundizar sobre la relación de un adolescente con la adolescencia. Y ubicar qué espacio queda para el significante *joven* en dicho entramado.

La práctica que inspira el presente trabajo, fue realizada durante varios años en una institución de educación superior, y a pesar del valor que ésta pudo adquirir para varios adolescentes con los cuales se han sostenido una serie de entrevistas, no se ha considerado apropiado realizar el análisis desde la perspectiva institucional, pues si bien es cierto que la institución educativa es el lugar en el cual se realizó el trabajo, y funciona también como el espacio en el cual los jóvenes pueden relacionarse con el Otro de una nueva manera, ésta ya se presentaba para muchos como una solución, mientras que las quejas y el malestar provenían de otro lugar que los hablaba.

En el discurso de los jóvenes que consultan, lo que se repite son los temas familiares y el efecto que la familia ha podido tener en cada uno de ellos. Es por esta razón que la institución educativa ha quedado relegada en la investigación para abrirle paso a una institución de mayor peso, a la institución primordial del sujeto y que se aborda en el primer capítulo del marco teórico. *La Familia* es el tema a profundizar.

Habiendo detallado la responsabilidad y efectos de la familia, y luego de profundizar en aquello que podría ser su operatividad, o incluso su inoperancia, el tema a tratar es *El Adolescente*: aquello que pueda decirse de él, y lo que merece ser tomado en cuenta al momento de presentarse con la intención de hablar de su malestar.

Por último, la investigación no podría culminar sin proponer una lectura del síntoma, y aún más, del *Síntoma Adolescente*: su estructuración, y el valor que adquiere para el sujeto. Tres temas que finalmente serían articulados en la lectura y análisis de dos casos clínicos elegidos del trabajo llevado a cabo en la institución educativa.

Mediante una introducción dispuesta a explicar la lógica que se sostuvo durante la conformación del marco teórico y ubicando ciertas coordenadas contextuales con relación al tema, se abre paso para el traslado hacía los capítulos que nutren las propuestas e ideas de la presente investigación.

4.2. Capítulo 1: La Familia

Recorrido sobre la familia.

Se comienza con una pregunta, ¿Cómo empiezan a existir las familias?, a partir de esa interrogante comienzan a enumerarse una serie de posibles respuestas provenientes de todos los campos de la ciencia, pero lo cierto es que no hay respuesta única y concreta a este enigma. La biología tal vez proponga el inicio de la familia como un intento por resguardar la continuidad de la especie mediante la procreación y cuidado de las crías. La antropología reconoce su inicio desde la conformación de las pequeñas tribus o de las hordas. El psicoanálisis propone el mito de Tótem y tabú (1913), el cual es comentado por Blanca Sánchez (2006) donde sostiene que la familia se funda en la necesidad genital del macho que retiene a las hembras para su satisfacción, mientras que las hembras permanecen con los machos para que las protejan a ellas y a sus crías, y de esa forma no tener que separarse de ellos o ser poseídas por otros machos.

A propósito de la familia, Miquel Bassols (2016) sostiene que la historia y la antropología “han demostrado hace tiempo que su estructura no puede definirse como una unidad natural basada en la finalidad de la reproducción” (párr.4) y comenta que *familia* viene del latín *Famulus*: esclavo, siervo, sirviente, sometido. La evolución del término consiste en que en su principio “la familia era equivalente al ámbito de posesión y ordenación del conjunto del patrimonio, lo que incluía tanto a los parientes como a los sirvientes que se alimentaban en la casa del amo” (Bassols, 2016, párr.3), así se instaura una modalidad patriarcal.

Sociología, antropología, psicología, economía, política, lingüística. Estos son solo algunos de los discursos que se han enfocado en el estudio y análisis de la familia a lo largo de la historia, mientras que al psicoanálisis no le interesa realmente la familia, el único interés del psicoanálisis radica en el sujeto, y a veces este, habla de su familia. Lo importante ahora es saber reconocer la paradoja psicoanalítica sobre el lugar de la familia en la actualidad, esta existe, pero al mismo tiempo no existe más.

Generalmente se está de acuerdo en que las familias deberían ser buenas, que se apoyen, se amen, sean promotoras del crecimiento personal de cada uno de sus miembros, y, difícilmente se escuchará con respeto a alguien que promueva una ideología que sostenga la maldad de las familias. Sin embargo, cuando se atiende a un

sujeto, cuando se escucha la queja explícita en su discurso, es contemplable que la familia nunca es lo suficientemente buena.

Los niños se quejan de no comprender a sus padres o de ser más o menos amados que sus hermanos por estos, los adolescentes se quejan de ser incomprendidos por su familia, los adultos se quejan de no saber qué hacer con su familia pues son responsables de esa carga, y los adultos mayores se quejan del abandono propiciado por aquellos que alguna vez los amaron.

Claudia Lijstinstens (2006) comenta que durante los últimos tres siglos el concepto de familia era el de la familia conyugal, apoyada dicha forma en la religión que imponía la monogamia como único modo reconocido para contraer matrimonio y acceder a la procreación, de esta forma “se garantizaba la herencia de los bienes a los hijos legítimos” (párr.13).

Se trató de un mecanismo de orden y control que, aunque mantuvo al padre como la cabeza de la familia, en realidad apoyó a lo que luego se llamará *crisis de la paternidad* y que Eric Laurent ubica a partir de la Revolución francesa que dictaminó nuevas leyes sobre los derechos entre los hombres: *Los hombres nacen libres e iguales en derechos*. Entiéndase *hombres* como significante que también engloba a mujeres y niños, y desde entonces son todos iguales y el poder del padre es regulado por las leyes de la República (Laurent, 2017), regulación aparentemente necesaria debido a que, tal como lo señala Enric Berenguer (2006) basándose en la antropología, el abandono del hogar en el siglo XVII era muy elevado por causa del pobre control social y de los fallidos métodos de comunicación.

Así transcurrirá el tiempo con cambios en el régimen patriarcal que "declina con la pérdida del poder del Rey y de la Iglesia substituidos por las relaciones horizontales que las leyes de la República exigirían" (Sota Fuentes, 2016, párr.2). Mientras que más adelante, el siglo XIX no está exento de cambios, así lo señala Lacan (1938):

"Es posible que el sublime azar del genio no explique por sí sólo que haya sido en Viena -centro entonces de un Estado que era el *melting -pot* de las formas familiares más diversas, desde las más arcaicas hasta las más evolucionadas, desde los últimos agrupamientos agnáticos de los campesinos eslavos hasta las formas más reducidas del hogar pequeño burgués y hasta las formas más

decadentes de la pareja inestable, pasando por los paternalismos feudales y mercantiles- el lugar en el que un hijo del patriarcado judío imaginó el complejo de Edipo." (Pp.93-94)

El siglo XX llegará cargado de Guerras, protestas, modificaciones a las leyes de los Estados, y sin embargo, será la *hipermodernidad* la que “finalmente deshace lo que durante mucho tiempo fue considerado un hecho natural incuestionable: la familia basada en el matrimonio de un hombre con una mujer con la finalidad de crear los hijos” (Sota Fuentes, 2016, párr.3). Lo cual revelará el carácter ficcional de la familia al efectuar la separación de ésta con el matrimonio.

Todos estos cambios en la sociedad traen consigo lo que podría llamarse *atipias de la familia*, como lo son las familias reconstituidas, familias homosexuales o las que surgen de la inseminación artificial. Además de las ya más conocidas formas: familias monoparentales, extensas, sin hijos, por convenio, y muchas más.

Finalmente, se abren múltiples posibilidades para conformar una familia, para fundarla, pero esta extensión familiar no asegura su consistencia, sólo las vuelve más complejas. En el modelo tradicional de familia se tenía más o menos establecido qué correspondía a la vida en familia, se conocía el lugar de cada uno de sus miembros según las coordenadas ofrecidas por el significante amo que era el Padre, pero al revelarse el carácter ficcional de lo que es una familia no hay nada en ella que asegure una vida plena, un final feliz.

En *¿Cómo recomponer los Nombres del Padre?* (2017), Laurent trae a colación un término de Iréne Théry, el *desmatrimonio*, y sobre este significante sostiene que:

El sujeto en este mundo, no vive en la esperanza. Quiere, actualmente, casarse y divorciarse muchas veces, tener hijos y separarse de ellos, reencontrarlos también. No se atiene al matrimonio y la filiación. Todo reposa sobre él, sobre su energía, sobre su deseo (Laurent, 2017, p.1)

El Complejo de Edipo.

Se sabe que el psicoanálisis no se interesa por las familias, a pesar de esto, la familia ha estado presente desde siempre. Freud no pensó jamás en incluir a las familias dentro

del trabajo con sus pacientes, sobre este punto fue muy claro en sostener que la familia podría conformar un obstáculo para la cura.

Freud reconoce el valor que la familia adquiere en la constitución subjetiva del sujeto, y es que comprende que dentro del campo familiar se ponen en juego una serie de factores, posiciones, elecciones y fantasías que, usualmente concluyendo a los cinco años de edad, habrán determinado gran parte de la psiquis y hasta el destino, de quienes consultan. Para explicar el drama que cada sujeto se formula en relación a su padre y su madre, Freud propone su teoría del Complejo de Edipo.

El complejo de Edipo es un mito ambicioso que da cuenta de la elección de objeto sexual de cada sujeto, intenta explicar los sentimientos de hostilidad y rivalidad que presentan los niños, la orientación que le da a su libido para catectizar determinados objetos y rechazar otros, "confiere significación y valor a la existencia" (Mozzi, 2016, párr.8), en fin, el Edipo se divide en tres tiempos:

El primer tiempo consiste en una estrecha relación que se forma entre el niño y la madre, es el tiempo del " idilio del amor de la madre y el hijo " (Masotta, 2006, p. 118), en el cual el niño ama y desea a su madre gracias a los cuidados que ésta ejerció sobre su cuerpo erogenizado, además de las palabras y caricias que llegan a ser vividas como seducción. En este primer tiempo el niño se ofrece como el falo que completa a la madre y juntos están plenos.

El segundo tiempo es muy importante pues introduce una figura fundamental, el padre entra en escena dispuesto a convocar a su mujer y así separarla del hijo que hasta entonces tanto la llena, le prohíbe a esta mujer *reintegrar su producto*. Pero actúa en una doble vertiente ya que luego se tornará al hijo para anunciar que está prohibido *acostarse con su madre*. Hacerlo le depararía graves consecuencias, como perder su miembro viril. Este segundo tiempo, conocido como *el tiempo del padre terrible*, introduce el superyo y la amenaza de castración.

Hará falta un tercer tiempo, en el cual el padre, ya bajo otro semblante, abra a su hijo un abanico de posibilidades en el mundo explicando que aunque su madre no le pertenece, sí podrán hacerlo las otras mujeres, y es libre de explorar y elegir a una tal como su padre hizo con su madre. De esta manera "el padre se ofrece como polo de

las identificaciones sexuales del hijo, y simultáneamente, de sus ideales sociales". (Masotta, 2006, p.119)

Freud propone que de la culminación de un Edipo apropiado el niño alcanzará un ideal, que sería el viril para los niños y virginal para las niñas. Un varón culmina el Edipo con los efectos interiorizados de la amenaza de castración. Pero la culminación de la historia en la niña cambia.

La amenaza de castración en la niña opera como su entrada al Edipo, debido a que ella se da cuenta que le falta algo en relación a los varones y sólo consigue culpar a su madre por traerla así al mundo. Decepcionada dirigirá su amor hacia el padre para pedirle un hijo, sustituto del pene que antes anheló, pero entrando en una fuerte rivalidad con su madre. Si todo marcha bien, la niña no tardará en decepcionarse también del padre, éste debe ayudar a que así sea, y ella buscará un hombre por fuera de la familia, uno que realmente pueda darle un hijo. Si no lo busca entonces el ideal será homosexual o asexual. Estos son los tres ideales en la niña.

Freud hace del mito de Edipo un complejo universal en el núcleo del deseo humano, cuna del traumatismo y de los lazos libidinales primordiales donde se juegan fuerzas antagónicas inconscientes de los síntomas e inhibiciones, fijando los modos de satisfacción de la pulsión y la trama de un destino. (Sota Fuentes, 2016, párr.1)

Pero el Edipo no deja de ser un mito, en el cual se dificulta saber qué papel cumplió cada integrante, o cuál no se cumplió. En este mito quienes participan no son necesariamente el papá y la mamá de cada niño, a veces asisten sus sustitutos, a veces los padres son en realidad fantasías de los padres, o historias de ellos, es decir que su presencia no es indispensable, pero su esencia significativa sí lo es. La función de la madre la cumple aquel que logre la primera erogenización del cuerpo, mientras que la función del padre corresponde al que "asegura el fin de la relación con el objeto primordial, la madre" (Masotta, 2006, p.120) y que realiza "las nupcias entre deseo y ley" (Rodríguez, 2017, p.1).

Superyó e Ideal del yo. Efectos de familia.

Lacan en su texto de *La familia* (1938), resalta la importancia que tendrán para la vida del sujeto dos elementos psíquicos que eleva a “condiciones de estructura del sujeto” (p.129), se trata del superyó y del Ideal del yo, ambos estrechamente ligados a la historia familiar y además efectos representantes de “la culminación de la crisis edípica” (p. 64) al ser, respectivamente, los encargados de la represión y de la sublimación.

El sujeto forma su superyó y su ideal del yo en (...) el proceso de identificación que resuelve el complejo edípico, el niño es mucho más sensible a las intenciones que le son afectivamente comunicadas de la persona parental que a lo que se puede objetivar de su conducta. (p.131)

A propósito de esta intervención de Lacan, se continúa la idea con unas palabras de Franz Kafka en su *Carta al padre*, la cual ofrece unas interesantes líneas, “No se trataba de una instrucción religiosa que hubieras debido dar a tus hijos, sino de una vida ejemplar” (p.65). Kafka critica las severas lecciones y adoctrinamientos que su padre ejerció durante su crianza, pero entre las cosas que no logra perdonarle, se encuentra que él mismo no aplicaba en su vida aquello que esperaba que su hijo hiciera con la suya, y a esta comunión entre palabra y acto es a lo que Kafka llama *vida ejemplar*.

No basta con decir a los hijos lo que deben hacer, lo que se espera de ellos. Quedarse en este punto posibilita que únicamente se instaure el superyó, es la ley del padre en el segundo tiempo del Edipo sin la presencia de un *deseo humanizado* el cual correspondería al tercer tiempo Edípico, al Ideal del yo, concepto que será profundizado en el capítulo siguiente al tratar las identificaciones en el adolescente.

Un Edipo culminado en el segundo tiempo, conduce a lo que después Lacan llama *atipias del conflicto* del Complejo de Edipo, y en especial a una que nombra como *Neurosis de autopunición*, la cual afecta especialmente en las relaciones del hijo con su padre. Se trata del inefable encuentro entre un yo que flaquea por parte del hijo y una carga excesiva por parte del superyó del padre que reforzará patógenamente el superyó del primero.

Las neurosis de auto punición “se manifiestan a través de conductas de fracasos, de inhibición, de decadencia” (Lacan, 1938, p.132), no hay señuelos del deseo que pueda alegrar a estos sujetos, sin un Ideal del yo que les permita hallar cierto gozo en la sublimación, todo acercamiento con el objeto del deseo resulta en una profunda decepción.

Como ya fue explicado, el superyo deviene como resultado del complejo de Edipo, este incide directamente en la dinámica de la familia, se trata de una transmisión de suma importancia llegando incluso a ser considerada por Miller en *La ética del psicoanálisis* (2009), como condición para la instauración y funcionamiento del programa de la cultura.

Miller realiza una lectura de *El malestar en la cultura* y explica que allí, Freud, propone un interesante pasaje desde la felicidad a la culpa, y es que para que las cosas funcionen en la cultura haría falta que los sujetos sacrifiquen una porción de felicidad, pero no sólo que no sean muy felices, sino que además sientan culpa por intentar serlo.

La culpa aparece en el texto como un digno representante del superyo, que está dispuesto a complicarle las cosas al programa del principio del placer. Los valores, la moral e incluso la ética sirven al superyo cultural que se manifiesta en el Otro familiar, implicando una "tentativa terapéutica al servicio del programa de la cultura, es decir, a alentar al individuo para que acepte las exigencias culturales del superyó". (Miller, 2009, p.156)

Pero servirse sólo del superyó trae sus consecuencias, pues se trataría de sujetos sumisos a la terrible voluntad de un Otro que los goza, sin orientación, sin deseo que conduzca a buscar la satisfacción en objetos del mundo, por fuera del campo familiar, y es aquí donde radica la importancia del Ideal del yo, cuyos efectos seguirán siendo analizados en el siguiente capítulo al abordar las identificaciones en su relación al disfrute de la vida, por ahora basta comprender su relación con la familia.

Lacan diferencia lo que ocurre al momento del destete en los animales y en los seres humanos, indicando que "el instinto maternal deja de actuar en el animal cuando se ha llegado al término de la cría" (1938, p. 31). Mientras que en "el hombre, por el contrario, el destete se encuentra condicionado por una regulación cultural" (p.31).

Si una madre no se somete a ninguna regulación cultural, si no acepta consentir ley alguna, ni la del padre, entonces no habrá fuerza capaz de realizar un corte en la relación con su hijo, y allí no operará separación tan necesaria desde una perspectiva estructural del sujeto. Se trataría entonces de un terrible estancamiento en el primer tiempo del Edipo.

Es por esta razón que Lacan ubica en su Esquema R al Ideal del yo (I) junto con el significante del Nombre del Padre (P) y al significante del objeto madre (M) como la tríada que conformará el campo de lo simbólico y que junto al campo de lo imaginario podrán dar una suerte de contención a lo real.

Transmitir estas instancias psíquicas equivale a una de las funciones principales de la familia. Todo bebé nace sin estar listo para enfrentarse al mundo, requiere de los cuidados y atenciones de sus padres para sobrevivir, pero requerirá mucho más de éstos si desea poder realmente vivir, lo cual ya implica hallar cierto disfrute en su vida, que sus actividades sean realizadas con gusto y con placer pero dentro de una *justa medida*.

Para que el sujeto alcance un goce que sea regulado es necesario que ese goce sea fálico, es decir que se encuentre regido por lo que se conoce como el falo o significante fálico, ya que "es por la cuestión del Falo que la castración se introduce en la estructura del sujeto" (Masotta, 2006, p.34)

La relación del sujeto con la castración, con la falta, definirá finalmente de qué estructura se trate, pues si la reprime entonces podría pensarse en una neurosis, sin embargo harán falta más esfuerzos pues Adela Fryd (2012) comenta que "En 1958, el Nombre del Padre en lo simbólico era el significante de la ley que garantizaba el funcionamiento no psicótico" (p.187) y aún más importante, "Si el Nombre del Padre es significativo, el falo es efecto de la operación del Nombre del Padre" (p. 17)

Un significante valioso, el Nombre del Padre.

El Nombre del Padre, que suele escribirse como NP, es un significante que corresponde a los primeros seminarios de Lacan en los cuales él realiza su retorno a Freud, pero que se mantendrá a lo largo de toda su enseñanza con pequeñas y grandes variaciones según la lectura que se realice.

En primer lugar puede decirse que el NP es en realidad la lectura que Lacan hace de lo que fue el Complejo de Edipo en Freud. Con este significante está decidido a abordar al padre según su función y por eso también se hace mención a este cuando se lee sobre la *metáfora paterna* o la *función paterna*, y es correlativo al Deseo de la Madre que se escribe como DM.

Cuando Lacan pensó en el NP, lo consideró como un significante extraordinario capaz de otorgar un nombre al goce y por ende de velar lo real, un significante que logre con éxito una comunión entre lo simbólico y lo real, pero a lo largo de su enseñanza pudo contemplar que siempre había algo del goce que se escapaba y que no podía ser significantizado, atrapado por el significante, además no respondía del todo a las cuestiones concernientes a las psicosis y los sujetos, supuestos neuróticos, que de alguna forma lograron una inscripción y operatividad de este significante sin poseer las condiciones apropiadas, es decir una sólida estructura familiar.

Así, al igual que el Edipo freudiano, el NP dejó de ser un significante universal para llegar a ser pluralizado por Lacan y entonces pasa a proponer los *Nombres del Padre*, y de los cuales Fryd llega a distinguir hasta cinco: significante del Nombre del Padre, el padre como nominación, el padre como un decir, el padre función síntoma y el padre *sinthome* (2012). El presente trabajo no pretende detenerse en esta pluralización, pero es importante profundizar aún más en este concepto pues se lo podría considerar uno de los pilares de la teoría psicoanalítica.

En segundo lugar, es sostenible que la transmisión del NP no es cosa de papás y mucho menos de hombres, pues es bien conocido que las mujeres solas, solteras, viudas o divorciadas, pueden también transmitir el NP (Laurent, 2006), ya que después de todo, estas mujeres fueron criadas también por un padre, y si este jamás estuvo en la trama discursiva familiar que precede al sujeto, entonces se lo inventa, ya que un padre, por ejemplo, más allá de fallar, es lo que cada sujeto se inventa (Andrade, 2016).

A pesar de su estatuto significante, es cierto que no todo puede ser metafórico, y es importante que en la historia familiar del sujeto puedan hallarse personajes capaces de ocupar mediante el semblante o incluso el mito los lugares correspondientes al NP y DM, hace falta que dichos lugares no sean desencarnados para que el sujeto pueda entrar en relación a un deseo que no sea anónimo.

En tercer lugar El Nombre del Padre consistiría en "una función del tipo <<poner un freno al goce>>. Pero no es una función que surge simplemente de la interdicción (...)es también poder abrir al sujeto una vía que no sea la de un empuje a gozar mortal" (Laurent, 2006, p.40). El NP debe permitir al sujeto entrar en una relación fiable con su goce.

"El NP viene a recubrir un vacío no trascendente, sino infinito" (Laurent, 2017, p.4) y es que finalmente no se trata del éxito de ese significante, en última instancia de lo que se tratará es de sus restos, de lo que queda de la función y que evita lo que Ernesto Sinatra llama el "Desenganche del goce de la función *decir-que-no*" (2017, p.3)

Un padre no es sólo aquel que tiene un hijo, es aquel que el sujeto subjetiva y que en el momento indicado le sirve *como una herramienta* para hacerle frente a lo real, no sólo mediante la identificación con este, sino además yendo "más allá del Padre a condición de servirse de él" (Rodríguez, 2017, p.3). Al final de su enseñanza, Lacan dirá que un padre no es más que realizar su *Pere-versión*, que consiste en "una existencia que supone la articulación sexuada" (Laurent, 2017, p.4), es decir un padre que en tanto hombre, ubica a una mujer como causa de su deseo. Un padre que transmite cómo hacer con el goce.

Valdría hacer la pregunta acerca del ¿por qué es tan importante velar lo real pulsional del goce? Porque todos los seres humanos, al hacer uso del lenguaje, al hablar, son seres de goce, debido a que el significante atraviesa el cuerpo y deja en éste marcas de goce condensadas en una letra que no hace sentido, que no se engancha al significante. Lacan llama *parletre* a esta nueva concepción del sujeto, y ya que el goce no hace lazo con el otro y que, además la relación sexual, entendida como la completud armónica entre ambos sexos, no existe, la cuestión es saber cómo hicieron esos otros, llámese padres, abuelos, hermanos, etc. Para hacer existir una relación y establecer una familia.

Función y ficción de la familia.

"La metáfora paterna fórmula lo que el Edipo ficciona: que hay un goce de la madre metaforizado por el Nombre del Padre" (Berkoff, 2017, p.1), y aunque ese goce materno pueda metaforizarse, siempre queda algo que escapa a la regulación en esa

madre en tanto que también es mujer. Hay un Otro goce, femenino, que también entra en juego en la historia familiar, el cual el NP es incapaz de contener.

Es decir que sólo la madre puede responder a la interdicción edípica, mientras que la mujer escapa a esta, y ya que todos los sujetos son engendrados por una mujer, el encuentro con ese goce femenino es inevitable y siempre toca el cuerpo. Se trata aquí de dos vertientes de la familia: la primera corresponde a las identificaciones familiares; la segunda sigue la "vertiente de los acontecimientos de cuerpo que funcionan fuera de la identificación con el Padre" (Bassols, 2016, párr.16)

Siguiendo a Blanca Sánchez, y en base al presente recorrido, podría dividirse a la familia entre ficción y función. La ficción sería aquello que Freud formula como la novela familiar, pero que además se enlaza al discurso de la familia para tejer un "entramado simbólico imaginario que le permite sostener al sujeto el apego a un goce" (Sánchez, 2006, p.3).

La familia como ficción se orienta por las identificaciones, gira en torno al falo permitiendo al sujeto creer encontrar comodidad en el mundo al ubicarse de forma masculina o de forma femenina y así soportar un real que se encuentra en su propio goce. Todo esto es gracias a que la familia logra operar como una suplencia a la no relación sexual.

Enric Berenguer interroga por el *lugar de la familia en la actualidad*, y sostiene que las "formas actuales de familia ponen de manifiesto otras formas de distribución. La diferencia respecto de aquellas familias anteriores es que ahora la distribución se hace de acuerdo con figuras mucho más contingentes y no en base a soluciones preestablecidas" (2006, párr.23)

Las soluciones preestablecidas son discursos que ofrece el Otro y que encontraban su sostén en significantes amo que servían como puntos de referencia para la identificación o la oposición, pero actualmente sin esos significantes que otorgan consistencia al discurso, los semblantes caen con facilidad y ya no está muy claro qué función y lugar corresponde a cada sujeto, la distribución se ha tornado confusa. Pero a falta de fe en la familia clásica, el sujeto se ficciona nuevos modos de hacer familia.

Una familia analizada desde su lugar de ficción dará cierta ilusión de respuesta ante el enigma del deseo del Otro, *¿De qué deseo devengo?*, Pregunta propia de la neurosis.

La ficción sostendrá el deseo como deseo del Otro, otorgará una suerte de lugar en el mundo puesto que de ésta resultan su posición de ser sexuado y su elección de objeto. Y hace una suerte de suplencia a la no relación sexual al confiar en que hay por lo menos dos, se trate de una unión homo o hétero, que hacen existir la relación sexual.

Pero esto no es todo, pues aunque se sostenga que la familia es un sistema de semblantes que funciona, hay algo que siempre queda detrás del telón, una cuestión oscura que permanece escondida, embellecida por los velos, y es que a fin de cuentas nada podrá responder al cómo hicieron verdaderamente, ese papá y esa mamá, para hacer existir una relación, finalmente qué hizo cada uno con su goce y aún más, cómo gozan.

En este momento se trata del análisis de la familia desde su *lugar Otro*, una familia como función, la cual escapa a las identificaciones familiares. Una familia como función opera desde el silencio, lo hace a partir de un secreto que es imposible de comunicar, es un pacto o un acuerdo en el cual todos sus miembros callan.

¿Qué se calla? Un dicho que si bien correspondió a otros, le concierne al sujeto, pues hizo acontecimiento en él, tocó su cuerpo, resonó. Guarda relación con el goce de otro, el goce de un padre o una madre: la infidelidad, el incesto, el delito, la psicosis, por citar algunos ejemplos. (Andrade, 2016, párr.4),

La familia como función se encarga de la transmisión relacionada al malentendido estructural que queda en cada sujeto como una marca de goce. Consiste en una transmisión, no de lo simbólico o del significante, sino de lo contingente, de lo real, ya que como no hay comunión entre los goces, no hay diálogo en la producción de un nuevo cuerpo, y se concluye que entre dos *parletre* "se produce un cuerpo y se reproduce un malentendido" (Sánchez, 2006, p.10)

"Hay en eso que se transmite algo que no se dice, un punto irreductible que se sitúa en: cómo esos dos seres hablantes, padre y madre, con sus diferentes modos de vivir la pulsión, de enlazarse, de amar, se unen sabiendo o contando con la imposibilidad de la complementariedad de los sexos." (Lijntinstens, 2006, párr.56)

Si se mantiene velado es justamente por su carácter de insoportable para el sujeto, pero en una época en que los velos y las ficciones familiares escasean, y los sujetos

que conforman las familias carecen de los recursos para sostener su función, hay consecuencias. Los sujetos no quieren saber de la falta, de la castración, es mucho más fácil hablar de igualdad y pensar en una utopía equitativa que promueve el *para todos* sostenido por el discurso capitalista.

Marie-Hélén Brousse propone la *parentalidad* como un neologismo de actualidad, este surge en una época en que las familias dejan de ordenar el goce y por el contrario, el goce comienza a comandar a las familias. "La parentalidad reposa sobre la exclusión de toda combinación o complementariedad de funciones. Implica una simetría y una igualdad entre el padre y la madre en lo que concierne al orden familiar." (2005, párr.17).

La familia siempre ha estado en crisis, más allá de condiciones socioeconómicas, históricas o culturales. Y es que como ya señalaba Lacan, no existe nada Natural en la familia (1938), todo es contingente y su supuesta naturaleza es en realidad discursiva, social, política, económica, etc. Con la *parentalidad* la propuesta consiste en el abandono de las funciones que corresponderían a cada miembro, es cierto que el NP no es propio del padre y el DM de la madre, pero si ambos se mantienen al mismo nivel, ¿Quién cumple qué función? ¿La palabra de quién representa la autoridad?

A propósito de su lectura de André Gide, Miller (1990) sostiene la interrogante clínica acerca del lugar de la autoridad en la pareja, en qué lugar se sitúa, y considera que aquella cuestión es aún más importante que saber quién estuvo presente o ausente, quién fue venerado o deshonrado, pues un padre detestado también puede hacer bien su trabajo.

La familia como sede del Otro, transmisora de la autoridad.

Se sabe que tener un hijo no es agradable, hace falta al menos una pequeña dosis de amor para desear tener uno que implicará tiempo, esfuerzo, inversión y sacrificio. Se sabe que del lado de los padres siempre debe haber al menos un mínimo de deseo para que nazca un bebé, especialmente del lado de la madre que será quien asuma la tenencia del feto en su vientre durante nueve largos meses.

Muchos padres harán uso de una supuesta deuda de vida para autorizarse ante sus hijos, esto lo señala Françoise Doltó en varios párrafos de su texto *La imagen inconsciente del cuerpo* (1986), en los cuales critica cierta tendencia de los padres por

criar hijos culpabilizados a quienes restriegan los sacrificios y circunstancias que han padecido por darles la vida y criarlos. De manera análoga a Doltó se podrían seguir las palabras de Daniel Roy (2014) respecto a la torpe posición de los adultos ante niños obedientes y niños rebeldes:

Si se somete como un niño obediente a sus parientes más cercanos, ¡es por amor, mientras ellos se regodean con su autoridad! Si se indigna, semilla podrida, ¡es por fidelidad, para no traicionar la imagen que él se ha hecho de su presencia! (p. 25)

Desde niños los hijos buscarán conquistar ciertos campos de sus vidas, el padre y la madre serán los referentes a los cuales acudir cuando se equivoquen, estos sabrán cuándo se equivocaron, la culpa se los demostrará. Pero si los padres, dominados por sus impulsos narcisistas, recriminan y culpabilizan a sus hijos por sus errores solo consiguen hacerse caer como dichos referentes.

Pero lo que en la teoría se lee como una caída de lo simbólico, del NP, en la práctica se encuentra como una dificultad por parte de los padres para autorizarse frente a sus hijos. Ya nadie sabe qué hacer con su hijo y viven consultando a profesionales, libros o en el internet en busca de alguna respuesta, de alguna palabra que les permita convencer a sus hijos que ellos son sus padres y que por ende deben obedecerlos.

A propósito de la familia, Bernard Seynhaeve (2014) sostiene que la familia tradicional ya no tiene fuerza de ley, y que además todos los modelos de parejas parentales son posibles. Desde ahí, él constata que la función simbólica del padre declina. La adopción, el matrimonio homosexual, la multiplicación de divorcios y otras situaciones llegan como grandes cambios que no son sin consecuencia. No se trata de recriminar o culpar los cambios, sin embargo al tener claro desde el psicoanálisis que el sujeto no es sin el Otro, se hace necesario atender el llamado de estos nuevos sujetos que surgen de la relación con un Otro que ha mutado.

La autoridad necesita del amor, una persona no se autoriza a partir de una amenaza, un sujeto que ocupa un cargo de autoridad requiere que ésta le sea reconocida, la autoridad no se funda en las amenazas ni en los golpes, Ghandi ya anunciaba que lo que se consigue con violencia, sólo se puede mantener con violencia; y, retornando nuevamente a Kafka, es posible ubicar en su *Carta al Padre* un punto claro que podría

ser pensado como crucial en su rivalidad y rebeldía con su papá, "...uno se insensibiliza bajo la constante amenaza. Se estaba cada vez más seguro de que no sería golpeado" (p. 39).

“La idea no es que antes sí había autoridad...sino, más bien, que la autoridad estaba mejor localizada, el Otro que la detentaba conservaba cierta consistencia, ya que su descalificación como lugar de referencia era menos prematura, y esto permitía, hasta cierto punto, una mejor regulación de los vínculos.” (Gallo, 2017, p.17)

Los temas abordados se tornan problemáticos en la medida en que un adolescente se ve confrontado por las maldiciones y las bendiciones de su historia familiar, con aquello que le servirá de sostén y con lo que lo hará caer, con las soluciones que encontró en su familia pero también con los problemas que esta le plantea. Si bien es cierto la familia pierde valor para un adolescente, pero el psicoanálisis ha demostrado que en la vida del sujeto, en su historia, la familia se mantiene.

Se necesita que la familia hable del sujeto incluso antes de su llegada, que atraviese su ser con un deseo que no sea anónimo, que le significantice el cuerpo frente a la imagen que le devuelve el espejo, que erogenice el cuerpo del infans y transmita una ley humanizada por el amor, que se ofrezca como sede de la rivalidad y de las identificaciones que ayuden en la configuración de una subjetividad, que otorgue los significantes desde los cuales el sujeto podrá sostenerse en el mundo y que transmita un saber hacer con la posición de ser sexuado por la cual se incline, todo esto para que finalmente, con la ayuda de un análisis, el sujeto pueda darse cuenta que su familia ha fallado y así alejarse de aquello tan familiar, de lo que hasta ahora constituye el Otro y de lo cual es tan difícil desprenderse, para entonces poder ubicar lo que sería su propio malestar y su relación con su goce, del cual nada desea saber pero que además se encuentra por fuera de esa trama de discursos que suele llamarse destino. Pero antes de un psicoanálisis existe ya un tiempo cargado de duelos y cambios que marca una separación con el campo familiar, situación que otorga cuerpo y contenido al siguiente capítulo.

4.3. CAPÍTULO II: La Adolescencia

El psicoanálisis comienza con las histerias, mujeres que hallaban refugio en sus síntomas, en su neurosis, para hacer soportable la época opresora en la que vivían. Situación similar puede adjudicarse a los adolescentes, sujetos que realizan su entrada a un nuevo tiempo, a una nueva época que desde entonces deja de comprenderlos, e incluso a algunos intenta oprimirlos, controlarlos.

Los diversos y escandalosos síntomas que presentan los adolescentes, los vuelven de inmenso interés para las ciencias. Pero ellos no anhelan ser estudiados, analizados, investigados, observados, entrevistados, ellos solo desean ser ahí donde la existencia se les ha desgarrado y ya no hay quien los comprenda.

Miller (2005) comenta una distinción que Laurent descubre en la clínica del síntoma, se trata de una dialéctica entre dos partes que él llama: *Acuerdo generalizado*, los intentos por comprender y clasificar los síntomas, tal y como lo hace el DSM; y *escape generalizado*, síntomas nuevos que escapan a las clasificaciones. La ciencia hace su labor por intentar comprender lo más que se pueda de la adolescencia, sin embargo lo que vuelve únicos a los adolescentes, a cada uno, es que la pulsión en ellos está inclinada con mayor fuerza del lado del escape generalizado.

Aunque el presente trabajo tal vez incline la balanza hacia el acuerdo generalizado debido a su carácter científico, se reconoce y acepta la falta que conlleva el no poder abordar el tema del adolescente en su completud, falta que sin embargo moviliza el deseo pues en la clínica se trata realmente del trabajo con cada uno, de una mirada y escucha posada sobre el caso a caso, con esa idea clara se abre las puertas para el inicio del presente capítulo.

Pubertad y adolescencia, acercamiento a las diferencias conceptuales.

Arduos son los esfuerzos de los teóricos del psicoanálisis por condensar lo que podría reconocerse como una teoría psicoanalítica de la adolescencia, sin embargo al no haber sido abordado directamente por Freud o Lacan, y por lo rápido que cambian las manifestaciones sintomáticas de este estadio, se complica la labor.

El psicoanálisis no conoce clasificaciones o etiquetas, el psicoanálisis se ocupa del sujeto y este es transgeneracional pues “el ser humano se constituye como sujeto en

tanto puede articular un deseo cuya plena satisfacción se ha tornado imposible” (Tubert, 2005, p.3) y para que esto ocurra no existe un tiempo preciso, una puerta de entrada, sin embargo suele ocurrir que con la llegada de la pubertad, y a través de una sensación de desamparo estructural, se logre “sostener ininterrumpidamente un conjunto de interrogantes que carecen de respuesta, como todos los interrogantes que se refieren a los orígenes y a la cuestión del sentido de la vida, de la sexualidad y de la muerte.” (Tubert, 2005, p.3), y un tiempo después, con ayuda de ciertos desencuentros, la adolescencia emergerá como un intento de respuesta a estas interrogantes ininterrumpidas.

Mónica Marín (1993) indica que el término *adolescencia* apareció en la lengua latina como producto de una lenta evolución de *AL*, una raíz indo-europea de la cual deviene *alere*: nutrir, alimentar; y *altus*: *que terminó de crecer*. Y concluye que adolescente "significa por tanto, en crecimiento o haciéndose grande" (p.29). Lo contrasta con el término *pubertad* que deriva de *pubis* y que se refiere a un cuerpo que está listo o apto para procrear. Freud no habla de adolescencia, él se detiene en la pubertad para designar el inicio del estadio genital y con esto la segunda oleada pulsional.

Serge Cottet, en su artículo *La pubertad catástrofe* (1991), comenta algunas cosas interesantes sobre el tema considerando a la pubertad como un trauma a destiempo debido a que tiene sus raíces en la historia sexual infantil, además ésta se presenta como el fallo de la defensa que significó la latencia. La pubertad será el momento en que "el sujeto debe identificarse a los ideales de su sexo" (Cottet, 1991, p.11). Por su parte, Tubert propone en su seminario *La experiencia del cuerpo en la adolescencia* (2005), que la sexualidad, la sexuación y la elección o hallazgo del objeto amoroso se definen en la pubertad.

La palabra *adolescente*, es muy antigua y puede ser encontrada en textos romanos que datan del siglo I, II y III, pero no evoca a sus connotaciones actuales, sino que se refiere "al joven antes de ser hombre, al joven que casi va a ser hombre" (Mira, 1993, p.31), es decir a las personas que están próximas a cumplir con sus obligaciones sociales.

Siguiendo a Vicente Mira (1993), el cambio en su concepción se da a partir de la Revolución Francesa en la cual todo ser humano goza de derechos y el joven comienza

a ser considerado desde dos vertientes: aquel que se podría descarrilar o, un individuo peligroso, y entonces se trataría de una comprensión de la adolescencia desde dos perspectivas: la seducción, pues habría que seducirlo para que mantenga su interés en el camino correcto, el camino del bien, para que siga el ejemplo de los adultos; y, el miedo, temor a los jóvenes rebeldes que ya se descarrilaron, pertenecen a bandas o pandillas y no se rigen por la ley.

Entonces, la cuestión inicial radica en poder diferenciar la pubertad de la adolescencia, cómo se entra y sale de ambos. Alexander Stevens (2001) dice al respecto que "la pubertad no es la adolescencia, la pubertad es ese real que encuentran los niños, ese nuevo real, cuando llegan a la salida de la infancia" (p.5). Lo que ocurre con la llegada de la pubertad concierne completamente a lo real del cuerpo, este sufre una metamorfosis correspondiente a las capacidades reproductoras del individuo, cambios ya conocidos como lo son: la modificación de voz, el crecimiento del vello púbico, o el engrosamiento de la cintura escapular en los hombres y de las caderas en las mujeres.

La pubertad se inicia con las transformaciones corporales, alcanza su meta con el desarrollo pleno del cuerpo, atañe a una responsabilidad biológica como lo es la reproducción, y puede decirse que es una etapa más o menos delimitada por la edad. Sin embargo, aunque en eso que se llama pubertad se trataría del encuentro del sujeto con un nuevo goce, no se encuentra relación con el deseo ni con su goce vinculado a su fantasma. El sujeto puede fantasear sexualmente y hallar placer en la masturbación incluso antes de tener un cuerpo que esté listo para eyacular. No se trata de ninguna pulsión genital.

Stevens (2001) sostiene que el síntoma psicoanalítico es una formación localizada en la vida psíquica de un sujeto, y que éste aparece como algo novedoso, un intento del sujeto para soportar lo real y llevar su vida en paz. Finalmente propone que la adolescencia es el surgimiento de una novedad, y que en ella ya implica el surgimiento de un nuevo síntoma al cual se introduce el sujeto, aquello que un sujeto se ingenia para dar sentido a lo real de la sexualidad que irrumpe abruptamente.

De entrada vale resaltar que la propuesta que sostiene Stevens ofrece las coordenadas que orientan gran parte del presente trabajo. El marco teórico se nutre de distintos autores, textos, perspectivas, pero su visión a defender necesita que mantenga

ciertos pilares conceptuales. Entre estos se halla el considerar que existe una diferencia entre la pubertad como los cambios del cuerpo y el surgimiento de lo real de la sexualidad; con la adolescencia que implicaría ya la respuesta que el sujeto ha encontrado, el nuevo síntoma que le acompañará en este camino, síntoma que sería en realidad síntomas pues la adolescencia trae consigo múltiples pruebas y desafíos para el sujeto.

Entonces, más vale señalar algunas puntuaciones sobre la forma en que se conciben aquellos conceptos tan importantes para el presente trabajo. Primero está la infancia y luego deviene la pubertad que se le opone. El verdadero encuentro del sujeto con el lenguaje y la sexualidad ocurre en la infancia, de esto da cuenta la succión y, la retención y expulsión de las heces. La latencia llega a calmar la pulsión, pero se muestra como defensa fallida con la llegada de la pubertad.

La pubertad consiste en el encuentro con lo real del cuerpo que se metamorfosea acompañado por una invasión sexual que es vivida como una sensación inédita. Es un cambio radical en la imagen y los límites del cuerpo que operan como puente de contacto al mundo exterior. La pubertad entonces es un trauma, pero uno necesario para la estructuración psíquica del sujeto. La pubertad es un trauma ante el cual el púber se encuentra en la necesidad de reajustar el sentido, y el sinsentido, de su vida, de reencaminar la pulsión, de hacerse un síntoma.

Cuando la perspectiva del mundo cambia, y la pulsión abandona los objetos que causaban placer en la infancia, entonces podría considerarse que la pubertad está cerca de llegar a su fin. El corte con el autoerotismo propio de la sexualidad infantil es necesario, hace falta resaltarlos pues existen sujetos que por el contrario se detienen en la fijación del objeto infantil, y tal como ya fue señalado, no existe una pulsión sexual que emerja y dé luces acerca del hacia donde dirigirse.

Freud, a propósito de la masturbación, propone pensar la pubertad como un estadio intermedio en el camino por el abandono de su autoerotismo, así lo señala con la siguiente frase:

La masturbación del periodo ulterior (puberal), donde las fantasías se refieren a otras personas, no es más puramente auto-erótica, sino que constituye un estadio intermedio entre el autoerotismo y el amor de objeto. Queda por

determinar con precisión el papel que juegan las fantasías en ese estadio de transición.(Citado en Ramírez, 2014, p.255)

Cuando el púber ha logrado aquel traspaso y ha sabido encaminarse fallidamente a un acercamiento con el Otro sexo, cuando ya no se trata solo de un nuevo goce con el que no sabe qué hacer, sino que además el fantasma se ha ajustado medianamente para asistir al encuentro, que resulta en desencuentro, cuando ha podido instaurar una fantasía y un *supuesto saber hacer*, cuando él mismo se ha hecho un síntoma que en realidad serán síntomas pues todos fallan. Cuando una joven entrega aterrorizada una rosa a la chica por razones que ya no son la inocencia infantil, igualdad, compañerismo, amistad. Entonces se puede señalar que aquel sujeto ha entrado a la adolescencia.

La adolescencia sería el estadio durante el cual el adolescente, sintomático, ha encontrado formas de velar lo real, de dar una suerte de sentido a su sufrimiento para volver de su vida una que sea más soportable, formas que por lo general no perduran pues lo único seguro para un adolescente es que no tiene nada asegurado: un trabajo, una relación, un grupo de amigos, el amor familiar, un destino. La adolescencia es el significativo predilecto para llamar aquel tiempo que circula el adolescente, pero el tiempo de cada uno, la adolescencia de cada adolescente. Es la propuesta que se realiza para despejar anexos sociológicos que proponen la adolescencia como un fenómeno de grupo, una cuestión colectiva, para los cuales se consideraría más apropiado la palabra jóvenes.

Es indispensable sostener esta distinción entre pubertad y adolescencia, no solo para la orientación del presente trabajo, sino además para todo aquel que practique la clínica con jóvenes y adultos, pues es importante poder ubicar si el sujeto que consulta ha entrado y salido de la adolescencia y qué efectos dejó ésta, qué síntomas. Escuchar el discurso del sujeto para situar desde donde habla, si su discurso es el discurso de sus padres, o si ya se ha limpiado en cierta medida del discurso del Otro lo cual ya acercaría el trabajo al terreno de su deseo.

Relevancia del objeto y la pulsión en la relación con la entrada a la adolescencia.

Desde el psicoanálisis, podría sostenerse que la entrada en la adolescencia ocurre con un cambio de objeto, cuando "todos los modos de satisfacción que podríamos nombrar infantiles se ven marcados por una barra que sería: <<eso es de niños>>" (Mira, 1993, p.33), pero esto no ocurre solo, y es que hace falta que el Otro esté presente y que juzgue esos viejos objetos autoeróticos para que el sujeto se disponga a buscar objetos heteróticos que le procuren satisfacción. El Otro también cambia con la pubertad.

Continúa Mira afirmando que la "Crisis de la adolescencia tiene que ver con la pérdida de los objetos de satisfacción, pierden -en cierto modo- un tengo por una incertidumbre" (p.34). Y es que la adolescencia para el psicoanálisis es el "adolescer del objeto" (Marín, 1993, p.30), del objeto primordial perdido.

La adolescencia sería entonces un prolongado tiempo en que el sujeto se ve obligado a superar numerosos duelos, culmina uno para comenzar otro de inmediato, y aluden a lo que debiera ser la aceptación de su nuevo lugar en el mundo, realizarlos le permitirá consentir posicionarse de una nueva manera.

La pérdida de la niñez, la pérdida de la bisexualidad teniendo que elegir ubicarse del lado macho o del lado hembra, la pérdida de la imagen que le costó reconocer en el espejo, la pérdida de los ideales de sus padres que ya no son los suyos, la pérdida del resguardo absoluto ante la muerte. Algunos de los duelos que debe enfrentar cada adolescente, realizarlos es necesario, superarlos es imposible, pero a pesar de todo, la meta consiste en que el sujeto encuentre sus respuestas o sino al menos que las invente. El verdadero problema cae en los cobardes que se niegan a perder la satisfacción y seguridad de los objetos infantiles manteniendo una fijación a ellos.

Por otro lado, Mario Elkin Ramírez sostiene en *Despertar de la adolescencia* (2014) que la entrada a la adolescencia debe ubicarse en los sueños, ya que desde Freud se sabe que estos son realizaciones disfrazadas de deseos reprimidos, y la pregunta que plantea es "¿con qué sueña un niño, así sea grande, en comparación con otro que ya ha estado punzado por la sexualidad adolescente?" (p.41)

La distinción que propone sería que el deseo se cumple en los sueños infantiles, al no haber represión los deseos se realizan en sus sueños, mientras que la sexualidad que deviene traumática necesita de la represión y por lo tanto el deseo se disfraza en el sueño, el material se complejiza y el sinsentido que acarrea angustia al sujeto. El despertar de la sexualidad en sus sueños enmarca la puerta de entrada a la adolescencia.

Es así que el objeto que cambia en la entrada a la adolescencia, es el objeto de los sueños, el objeto del deseo. Ya no es la madre, ahora se trata, en el mejor de los casos, de una chica o de un chico. En los sueños esto se vislumbra solo en partes, el enigmático contenido onírico no basta para conocer de qué forma es posible abordar estos nuevos objetos.

Si antes el niño quería el carrito y la niña la muñeca bastaba con pedirlo o acercarse y cogerlo, pero la situación ha cambiado, y ahora pedir lo que se desea no solo es insuficiente para alcanzarlo, sino que además está prohibido. Las respuestas que ofrecen los sueños son fantasiosas, fetichistas y perversas.

El objeto que cambia es el objeto de la pulsión. La pulsión como energía constante siempre encuentra modos de satisfacerse, y por eso se sostiene que carece de objeto específico, incluso ha llegado a señalarse que la satisfacción es el objeto de la pulsión, pero eso no significa que no halle mayor satisfacción al orientarse por determinados grupos de objetos.

Mira (1993) propone comprender la pulsión desde una perspectiva que sin duda otorga luces al momento de analizar las manifestaciones sintomáticas de los jóvenes. Él considera que en la pulsión se trata de una energía que se mantiene igual a lo largo de la vida, como algo que no cambia, pero que sin embargo su fuerza variará según se la frene, reprima, despliegue, entre otros.

Es decir, que un niño va a aferrarse al seno o incluso a su objeto transicional con la misma fuerza que un adolescente pudiera hacerlo con los deportes o el estudio, un adulto a su trabajo e incluso un adulto mayor a sus recuerdos, todos objetos de la pulsión pero orientados a distintos grupos de objetos que serán por un lado propuestos por los ideales que provienen del Otro.

Serge Cottet (s.f.) comenta que “el objeto de la ternura ha sido condenado como objeto sexual desde hace ya tiempo; condena que abre el período de latencia” (párr.15) Al

niño le es inasimilable que a la vertiente tierna con la que envuelve su objeto amoroso, ahora comience a acompañarla la vertiente sensual, por lo tanto la pulsión es frenada, la situación se reprime y se abre paso al período de latencia. La pulsión es la misma, pero ahora frenada y dispersa hacia distintos objetos, al menos hasta el estadio genital.

Bajo esta perspectiva, es posible considerar que lo que ocurre verdaderamente en la entrada a la adolescencia, más allá de un aumento de la pulsión o de una repentina descarga pulsional, consiste en realidad en la angustiada incertidumbre que implica carecer de objetos predilectos que puedan satisfacer a la pulsión por encima de otros. Se trata de una modificación en dos aspectos fundamentales de la existencia: por un lado el deseo, y por el otro lado las identificaciones.

El deseo y las identificaciones como necesarios para hallar disfrute en el vivir.

Un niño, por lo general, sabe lo que quiere, y es que éste quiere lo que quieren sus padres para él, lo que quiere el Otro. La cosa se complica cuando el sujeto se ve obligado a abandonar la comodidad y resguardo de su lugar infantil. Basta que el Otro ahora lo mire y le hable diferente, que lo juzgue para comprender que si no se siente distinto al menos la imagen que el Otro observa es otra a la del niño que creía seguir siendo. Desde ese momento los padres dejan de ser el Otro y entran a escena los amigos, otros adultos, el internet, y en ciertos momentos los padres nuevamente.

Es un proceso muy complejo pues uno requiere del otro, el deseo siempre es el deseo del Otro y será éste quien otorgue los objetos necesarios para satisfacer engañosamente, pues el deseo siempre queda insatisfecho. Por otro lado los significantes que se cristalizarán para conformar lo que el sujeto supone como su identidad, también llegan de aquel que ese sujeto reconozca como Otro. Por lo tanto está el Otro, y luego de él llegan los señuelos del deseo, y los significantes identificatorios que facilitan la libidinización del cuerpo.

Tubert (2005) utiliza el término *corporalidad* para nombrar el complicado trabajo que implica anudar lo real del cuerpo como organismo, con la singular experiencia y relación que cada ser humano tiene con “los referentes simbólicos y el imaginario colectivo propios del ámbito histórico- social en el que se encuentra inmerso” (p.2)

Existe el cuerpo como real, como organismo viviente en el cual operan distintas funciones y del cual al sujeto no le es posible decir nada pues no es capaz de conocer

verdaderamente su cuerpo, lo que ocurre en él, dominar lo que éste hace o no hace. Existe el cuerpo como simbólico, como aquella subjetivación que puede hacerse de esa masa que el sujeto tiene y que llama cuerpo, lo que reconoce como su cuerpo, sus límites, lo que toma del universo de los significantes para dar sentido a su situación de tener un cuerpo. Existe el cuerpo como imaginario, imagen de lo que el sujeto cree ser, límites imprecisos que se pierden o confunden con la imagen que se observa en el otro, el cuerpo que se arregla o se lo decora. Esta es una lectura del cuerpo desde los tres registros.

La *corporalidad* depende de un sistema de categorías y representaciones que el sujeto encuentra en “un universo social, político e ideológico delimitado geográficamente e históricamente” (Tubert, 2005, p.2), es decir, en el Otro, y este sistema de categorías y representaciones “incide en la construcción de la subjetividad individual encarnada en el cuerpo” (Tubert, 2005, p.2). Decir que la subjetividad puede encarnarse en el cuerpo, permite resaltar la importancia que el cuerpo puede adquirir para un adolescente.

El cuerpo suele ser la primera carta de presentación, y para algunos adolescentes puede consistir en su única carta de presentación, pues allí donde no hay palabras para abordar al Otro sexo, al menos hay un cuerpo para mostrar, tocar, exhibir. El sujeto requiere que el otro responda a esa imagen sobrevalorada que se ha hecho de su cuerpo. A esto se suma la necesidad de “buscar alguna forma de control, de hacerse dueño de una situación que escapa al sujeto” (Tubert, 2005, p.2), y, adecuar el cuerpo conforme al yo ideal es una posible solución, aunque sea una momentánea. Por eso invierten tanto tiempo trabajándolo, ejercitándolo, cuidándolo, decorándolo.

Afirmar que la apuesta por el yo ideal puede operar como una solución momentánea para el sujeto, tiene su fundamento en la teoría de las identificaciones. Todo ser humano debe vérselas con una verdad radical, el dolor ocasionado por la falta de identidad, una identidad primordial que sostenga en absoluto su razón de ser y ofrezca explicaciones ante las interrogantes de su existencia, pues no existe frase, palabra o significante que pueda decirlo todo acerca del quién es él. Frente a la falta de identidad, las identificaciones se prestan para suplir aquella carencia.

Para el psicoanálisis existen dos tipos de identificaciones, las imaginarias y las simbólicas. Las primeras corresponden al yo ideal, el yo del sujeto se identifica con

aquello que encuentra en el otro semejante, es el proceso que se explica mediante el primer momento del estadio del espejo, cuando el niño observa la imagen de otro en el espejo y se identifica con ella, imagen que sería en realidad la suya. El segundo tipo de identificaciones atañen al ideal del yo, proceso de interiorizaciones simbólicas tal como ocurre en el segundo momento del estadio del espejo, en el cual deberá aparecer el Otro, la madre, para afirmar al niño que aquel que lo mira desde el espejo, es él.

A pesar de que el sujeto toma sus identificaciones imaginarias del otro semejante, es necesario que el Otro esté presente como mediador, como lugar de la autoridad, de no ser así las identificaciones podrían ser salvajes y los sujetos entrarían en profundos conflictos de rivalidad y discordia, pues el otro también pone en riesgo la fantasía de identidad que el sujeto se crea.

Las identificaciones simbólicas provienen de los significantes del Otro, el fantasma es el encargado de filtrar qué significantes acompañarán al sujeto, y cuáles son relegados. Se trata de un entramado simbólico que vela el vacío de identidad y además sirve de sostén para las identificaciones imaginarias.

El problema de la identidad y su intento de velamiento mediante las identificaciones atañe a todos los seres humanos, sin embargo, la metamorfosis corporal con la que ataca la pubertad y el desmoronamiento simbólico que padece el adolescente, obligan al sujeto a reinventar sus soluciones, y para algunos la apuesta imaginaria por el cuerpo puede sostener un cierto sentido por la vida. El riesgo de otorgar mayor valor a las identificaciones imaginarias, radica en que son más frágiles y por ende su ineficacia se vislumbra más pronto. Mientras que las identificaciones simbólicas, al sostenerse en el significante que se inscribe en el cuerpo y relacionarse directamente con el ideal del yo, abre las puertas al campo del deseo.

Retomando el deseo y la identidad en su relación con el Otro, ¿Qué indica la metamorfosis del Otro?, El momento en que el sujeto “ya no goza de las mismas cosas que gozaba” (Mira, 1993, p.32). Cuando cambia el Otro, cambian los modos de goce. Recorrido necesario para señalar que ante el real al que se enfrenta un adolescente, el Otro primordial ya no responde, se resquebraja y el sujeto se apresura a colocar en aquel lugar a cualquier otro, lo cual pone en riesgo el sentido que tiene de sí, y afecta también su deseo, que como se sabe, funciona como freno al goce.

Si el Otro deja de existir entonces también deja de existir el sujeto del deseo, y sin deseo no se hallará disfrute en la vida, se pierde el gusto por vivir, y “digamos primero que es necesario que en la adolescencia se restablezca este sentimiento de la vida, es decir a pesar de lo que se mueve en su imagen corporal, que pueda reconstituirla” (Stevens, 2001, p.7-8).

Debido a estas condiciones, un adolescente se encuentra en mayor cercanía con la pulsión de muerte. El deseo que se desvanece y un cuerpo que cambia o se modifica sin la participación del sujeto, concede la fórmula que explicaría la razón por la cual en la adolescencia el sujeto está constantemente poniéndose en riesgo, haciéndose daño, involucrándose en situaciones que atentan contra su vida o su seguridad, y es que el *reírse de la muerte* para un adolescente significaría sacarle la vida a la muerte, por eso se ponen en riesgo, porque eso modera la angustia.

En *El despertar y el exilio* (2010), Philippe Lacadé propone su lectura de dos actividades de riesgo que el sociólogo y antropólogo David Le Breton considera propias de los adolescentes, siendo éstas el *vértigo* y la *blancheur* (blancura/blanqueamiento). El vértigo comprende las actividades riesgosas en las que se involucraría un adolescente como un intento para tomar el control de su existencia, provocar la muerte es tener control sobre ella; mientras que la *blancheur*, significa el blanqueamiento del sujeto, “ya no hay lugar aquí para provocar la muerte, pero sí para abandonarse a ella” (p.67). Lacadé señala que el funcionamiento lógico de ambas actividades de riesgo es idéntico pues en el fondo se trata de dos modos de ubicarse ante el vacío, dos modos de lidiar con la angustia.

En la clínica, parte del trabajo se orienta a ubicar las formas que el sujeto ha descubierto para existir, para justificar su existencia y así, poder seguir disfrutando de la vida. Un adolescente que ha comenzado a desprenderse del discurso familiar tardará en alcanzar este estado, primero deberán presentarse los interrogantes relacionados a la mortalidad y el sentido de la vida. Y es que, un discurso que no basta para destacar en reuniones o situaciones sociales, para entablar amistad, para iniciar una relación, para explicar lo que no se entiende, para ser popular, es uno que no le sirve, y sin embargo es un discurso que lo atraviesa en su ser y que propone un sistema de acuerdos, pactos y valores que en determinadas situaciones permite una convivencia pacífica y que el síntoma encaje.

Un discurso cuya operatividad se torna intermitente, hasta que el sujeto descubra un nuevo síntoma que no solo funcione, porque el síntoma siempre funciona, sino que además funcione bien gracias a que su fantasma pueda acomodarse al goce fijado a éste. “Síntoma y fantasma son lo que Lacan llama puntos de capitón, puntos de estabilización que un sujeto encuentra para estabilizar su existencia” (Stevens, 2001, p.5).

Existencia y gusto por la vida, ¿Dónde existir? ¿Dónde disfrutarla? Y ¿Cómo?, Respuestas que cada adolescente descubrirá en su camino, en soledad o en compañía, con soluciones que se copian de otros, o inéditas. Lo único seguro, es que cada adolescente que crea haber hallado una solución, necesita arriesgar a perderla en la apuesta primordial que consiste exponerse al Otro para ser juzgado y, en caso de ser una solución que falle a los ideales del Otro se le presentan tres opciones posibles para finalmente negociar con éste a saber: Si abandonará su solución a favor del Otro para continuar su búsqueda en pro del ideal del yo; Si se aferrará a su solución y buscará pequeños otros que la aprueben, tal como ocurre con las pandillas o grupos de jóvenes aferrados a un yo ideal, o en casos extremos a aberraciones del ideal del yo; o si se dejará atrapar por su solución para exiliarse en ella.

Un adolescente y su demanda dirigida al Otro: La familia.

El adolescente no existe como tal. Solo existe su manera de estar ahí, su manera de buscar su vía, de dirigir su demanda, ya sea ésta insoportable o irrespetuosa, con el fin de encontrar cómo poner en su justo lugar lo que en él desentona, deja “mancha” (Lacadé, 2010, p. 119)

La familia, las instituciones educativas, el grupo de amigos, son solo algunos de los espacios hacia los cuales un adolescente puede dirigir su demanda, hacia los cuales podría comandar su solución para un poner a prueba. Que el adolescente no exista como tal, y que solo exista su manera de estar ahí significa que un adolescente no será el mismo al dirigir su demanda a la familia, a la institución, al grupo de amigos. A continuación se profundizará en la cuestión.

Sin olvidar una premisa fundamental del psicoanálisis como lo es el trabajo del caso a caso y evitando las generalizaciones, pues no habría forma de ubicar una constante del sujeto que considere el inconsciente, el síntoma, el fantasma, el goce y el deseo, y

sin perder de vista el horizonte enmarcado por los conceptos psicoanalíticos para así evitar quedar en análisis de carácter sociológico, es quizás más probable lograr una suerte de sustentación enfocada ésta en la demanda, gracias a que el sujeto demanda lo que el Otro ofrece en el campo de los objetos demandables. La demanda no cesa pues la impulsa el deseo, pero podría ser satisfecha.

La familia, entendida ya desde su lugar de ficción y función, pierde ante un adolescente la fuerza que tanto le costó conseguir frente al niño. Para un niño la familia era persistente a todo, los lazos y acuerdos aparentemente sólidos que se forjan en ella son digno ejemplo de que la relación sexual sí existe. Lo que el joven puede verificar en su entrada a la adolescencia aparece como un develamiento horroroso, algo para lo cual no pudo prepararse de ninguna manera.

En las familias hay conflictos, de hecho éstas nacen como un intento por velar un conflicto, y en todo caso, la cuestión a saber para aquel adolescente será, qué logra mantener unida a su familia. El amor no basta, y ahora lo sabe más que nunca pues tuvo que dejar de ser el niño que le aseguró el amor de sus padres por tanto tiempo, y a pesar de todo, siguen juntos.

Si la familia pelea, se odia, se critica, si la familia no se ama entonces por qué habrían de amarlo a él que se presenta ante todos, incluso ante sí mismo, como un desconocido y al cual paralelamente todos pasan a ser desconocidos para él. El despertar de su sexualidad conlleva a exiliarse en su goce, esa es la premisa del texto de Lacadé (2010). Dramas familiares que datan del siglo pasado y que Franz Kafka plasma de forma excepcional en *La metamorfosis* (1915).

En la infancia el niño está enfrentado a la pregunta que se hace sobre el deseo de su madre, pregunta primordial ¿qué me quiere? Y con lo que alcanza a responder, construye su fantasma. Pero en la adolescencia la pregunta cambia y la respuesta que debe efectuar es sobre el goce de la mujer, entonces se trata de verificar ese fantasma infantil en la nueva situación, verificar el uso de su fantasma, habiéndose inscrito en la función fálica. (Ricaurte, 2007, párr. 10)

Gracias a la falta los sujetos logran acomodarse en familia, cada sujeto encuentra un lugar dentro de esa comunidad gracias a ella, y un adolescente cuyos objetos de satisfacción escapan al campo familiar y al que además sus ideales dejan de ser los

mismos que los de sus padres, demanda ser mirado, escuchado, no igual a cuando era un niño, pero sí con el mismo amor.

Para un adolescente el crecer está vinculado a la libertad, mide su madurez acorde a la libertad e independencia. El discurso común sostiene que los padres que se preocupan por sus hijos ceden ante los encuentros y eventos sociales de éste dándoles el permiso de asistir siempre y cuando confíen en él. Permiten que su hijo vaya a la fiesta, se quede más tarde, duerma en casa de otro, si *confían en que no hará nada malo*. Entonces para un adolescente la libertad y el crecer atañe a la confianza de sus padres y sufre la indignación más grande cuando éstos lo creen capaz de hacer las mismas locuras que hacen los jóvenes en general, cuando se vuelve para sus padres uno más entre los jóvenes del mundo.

La demanda que un adolescente dirige hacia su familia es finalmente una demanda de respeto, que se le respete su independencia, su saber, un adolescente anhela, a pesar de cuan diferente es con respecto a su imagen infantil, que su familia lo siga considerando como un miembro más, y a pesar de sus rarezas, que el nuevo lugar que ocupe sea uno que respete su modo de ser adolescente. El ejemplo más clásico se halla en la joven que siente que dejó de ser niña, pero sus padres le niegan y prohíben vestir las prendas que ahora prefiere.

Un adolescente y su demanda dirigida al Otro: La institución educativa.

El adolescente en las instituciones educativas es un tema que merece amplias profundizaciones. En la actualidad puede reconocerse a la institución educativa como el espacio privilegiado al cual los jóvenes pueden asistir con la seguridad de poder socializar con pares bajo ciertos parámetros que regulan los encuentros. Los deportes y las actividades estudiantiles les permiten formar alianzas mucho más rápido pues atienden a un ideal en común.

“Freud dice que en la adolescencia se debe poder separar en parte de sus padres, pero lo mejor para salir de ella, del lado del varón, es encontrar una figura paterna sustituta, por ejemplo un profesor” (Stevens, 2001, p.9). El adolescente que comienza a separarse del discurso familiar no tolera quedar desamparado y traslada su situación a la institución educativa, es por eso que Freud ubica a los maestros como los primeros sustitutos de los padres y el manual de acción de los Departamentos de Consejería

Estudiantil (DECE) propone la "construcción de vínculo con un adulto representativo" como uno de los tantos procesos a realizar en el eje de la intervención (2016, pp.28-29).

Las instituciones son el espacio predilecto para que los jóvenes pongan a prueba sus soluciones. Sede de un sinnúmero de manifestaciones sintomáticas que harán colectividad si sus goces no se oponen, y, cada joven pondrá a prueba a la institución a su manera. Para ellos, en ésta puesta a prueba radica el interés, lo que les apasiona de asistir a la institución, Freud ya lo expresa en *Sobre la psicología del colegial* (1914), "No sé qué nos embargó más y qué fue más importante para nosotros: si la labor con las ciencias que nos exponían o la preocupación con las personalidades de nuestros profesores." (p.1893)

Gallo, más contemporáneo que Freud, sostiene que "la autoridad del maestro de escuela ya no prolonga la del padre de familia" (2017, p. xiv) porque ambas figuras se han devaluado y ya no se les reconoce su autoridad. Sin embargo un adolescente necesita que la institución responda desde un lugar que detente la autoridad, que opere desde lo simbólico, ya que "En los contextos en donde se revela que no hay relación de autoridad en el sentido simbólico, lo que sí hay es *falla en lo real*" (Gallo, 2017, p. xiii-xiv), lo cual desata escenarios de violencia difíciles de contener con resultados que podrían ser nefastos, tal como ocurre con el fenómeno del Bull ying. Todo esto rompe con el lazo social en el momento en que un adolescente requiere reconstruirlo.

Desafiar a la autoridad, cumplir con lo establecido en el programa escolar, desempeñarse en las competencias académicas y deportivas, actos de vandalismo, interrumpir durante las horas de clase, fugas, robos. Todos, modos de poner a prueba al Otro, su eficacia, su operatividad, su existencia. El adolescente descreo en el Otro y busca ponerlo a prueba, hacerlo responder para poder creer en él, actuando a su favor y que premie o asegure un destino, o por otro lado actuar en su contra y que juzgue o sancione, pero respondiendo de todos modos.

El colegio debe hacer más que no empujar a los jóvenes al suicidio. Debe procurarles las ganas de vivir y ofrecerles sostén y punto de apoyo en una época de sus vidas donde ellos son obligados, por las condiciones de su desarrollo, de aflojar los lazos a la casa parental y a su familia. (Sureau, 1993, párr.5)

Se trata de favorecer otras rutas en las cuales los adolescentes puedan tramitar con otros lo pulsional mediante nuevos significantes. Un adolescente demanda a la institución educativa, que no deje de creer en él, que le permita equivocarse y aprender de sus aciertos y sus errores, pero que sus actos pasen por la sanción o recompensa como un intento de inscripción en el Otro y confirmarse así como miembro de esa institución. Es el caso de un adolescente profundamente afectado por la expulsión que recibió a causa de múltiples escapes del salón de clases para encontrarse con su novia en los pasillos.

Un adolescente dirige a la institución educativa una demanda de comprensión, que sus acciones sean reconocidas como un joven sujeto, como un adolescente que está en camino a convertirse en adulto y para eso hará falta que el colegio no deje jamás de ofertar un espacio estructurado como un discurso, “como lugar de encuentro, de rutinas, de malentendidos y sentidos” (Gallo, 2017, p. xiv). Frases como *Me gusta esa clase porque el profesor me comprende*, es mucho más común entre los estudiantes de lo que suele pensarse y la ambivalencia amor/odio dirigido a docentes se basa siempre en la comprensión que los jóvenes suponen a sus maestros.

Un adolescente y su demanda dirigida al Otro: El grupo de amigos.

¿Qué es lo que un adolescente podría demandar al grupo de amigos? Se sabe que un adolescente busca confirmarse reflejado en los otros, y cuando se abordan sesiones con grupos de adolescentes es posible evidenciar que el otro siempre parece poseer la verdad sobre su ser. Es así que saltan en la sesión preguntas y comentarios dirigidos al otro semejante, que buscan la aprobación de lo que cree saber sobre sí mismo, *tú sabes que yo nunca miento; si o no que yo siempre me disculpo cuando hago algo malo*. Confirmarlo alivia, negarlo angustia.

Bernard Lecoeur (1997) dice que la adolescencia “es el tiempo de una elección. En el momento en que es llamado a responder a un destino de objeto que le reserva el deseo del Otro”, pero ya que el deseo del Otro se presenta siempre como enigmático, “el adolescente puede estar tentado a drogarse, buscando acentuar su parte de ser.” (Lecoeur, 1997, p.28) El goce autista facilita la fijación al tóxico y ubica al sujeto adolescente únicamente en el lugar de objeto, taponando así toda posibilidad de un síntoma a advenir.

"El empuje al goce autista, es de lo que justamente el sujeto tendría que soltarse para poder entablar una relación al otro en el sentido de lo sexual." (Ricaurte, 2007, párr. 22), aquí es crucial la identificación con el grupo de amigos pues finalmente junto a ellos encontrará los recursos necesarios para inventar pequeñas respuestas, pequeños síntomas que harán más soportable su situación de vivir gracias a que el grupo otorgará un sentido de pertenencia.

El lenguaje utilizado por los jóvenes representa un excelente ejemplo. Existe todo un vocabulario que les es propio, frases, palabras y expresiones que no podrían ser entendidas por otros. Las *malas palabras* emergen como una barrera para separarse de los significantes incestuosos de sus padres, se trata de una lengua privada.

A propósito de esto, Lacadé (2010) comenta "Es una lengua del cara a cara que sirve para defenderse del enigma del Otro; es una lengua cuya agresividad apunta al mantenimiento del Otro a una distancia respetuosa-una lengua respetuosa" (p.152), es una lengua que se priva de entrar en cierta relación con el Otro y que ayuda a mantener una distancia necesaria.

Un adolescente dirige al grupo de amigos su demanda de identidad, desea contemplar reflejado en ellos la identidad que se supone desde su fantasma, que ellos esculpan sus rasgos, forjen su carácter, en relaciones especulares, y conjuntamente, que ofrezcan rasgos identificatorios propios de un discurso contemporáneo que promete representarlos, para tomar los que mejor simbolicen para él, un disfrutar de la vida con otros. Aprender de ellos modos de ser joven, de soportar su adolescencia, de abordar al Otro sexo aun a pesar de no tener ningún éxito asegurado.

Por esta razón se vuelve insoportable para los miembros de un grupo que se haya podido establecer, con sus respectivos acuerdos, normas, manifestaciones sintomáticas y formas propuestas de sublimación, que exista uno que sea diferente y ya no simpatice con el grupo. Si hay al menos uno que no goza como el grupo, aquel pone en riesgo a los demás, a la estructura que los sostiene.

Adolescencia sin garantías, cuando el Otro no logra responder.

Familia, institución, grupo de amigos, tres espacios que pueden prestarse para la construcción fantasmática que cada sujeto realiza del Otro y al cual dirigir su demanda que en última instancia será siempre una demanda de amor a la cual es imposible

responder desde el significante. “Hay que saber leer en las entrelíneas de la demanda, pues es allí donde se puede ubicar algo del deseo de cada sujeto” (Velásquez Arbaiza, 2017, p. 29), cuando el Otro no atiende el llamado, cuando no logra responder, se presenta el escenario perfecto para la aparición de aquel llamado ciertamente dramático que figura bajo el concepto de *acting out*.

El *acting out* consiste en una demostración que busca ser interpretada por el Otro, allí donde la palabra no engancha se busca que enganche el acto. Esta demostración se ubica aun dentro del registro de lo simbólico y mantiene el lazo entre el sujeto y el Otro. A propósito del tema, Guy Trobas (2003) sostiene que "en el *acting out* tenemos aún una inclusión de la última defensa del sujeto frente al objeto *a* al que el deseo del Otro confronta el sujeto, una inclusión, entonces, del fantasma fundamental" (p.6)

Ubicar al *acting out* como la última defensa del sujeto en su relación con el Otro es de suma importancia, se trata realmente de la última oportunidad para que el sujeto pueda seguir creyendo en el Otro, si esta prueba también se falla, lo más probable es que entonces se cierre el telón, y se hable de un pasaje al acto.

Si el *acting out* consiste en una escena que el sujeto ofrece, inconscientemente, para la interpretación del Otro, en el pasaje al acto ya no hay lugar para el Otro, el sujeto salió de toda escena simbólica que pudo ayudarlo a enfrentar lo real, y ahora, solo le queda lo real para enfrentar lo real. El paradigma del pasaje al acto es el suicidio, más común entre adolescentes de lo que se quisiera creer.

Entonces, la cuestión a saber, consiste en pensar y proponer distintas formas y soluciones que puedan ser verdaderamente útiles para los adolescentes, pero el presente trabajo no cree en la prevención y por ende no busca ninguna fórmula que pueda ofrecerse para facilitar las cosas a la adolescencia, si un adolescente no adolece durante este estadio, difícilmente podría pensarse que lo ha superado, que ha salido de ella. Nunca alguien ha podido afirmar que sabe qué puede hacerse con la adolescencia, o qué hacer con un adolescente, y lo mismo ocurre entre ellos, no saben qué o cómo hacer con sus vidas, con sus amigos, con sus decisiones, las que toman ellos y las que lo pulsional toma por ellos.

En el pasado, “los sujetos podían encontrar a partir de los padres un cierto número de ideales, los ideales existían en el mundo para los adolescentes” (Stevens, 2001,

p.13), luego las instituciones educativas proponían ideales y aseguraban un destino. Las difíciles circunstancias en que se encuentran actualmente los jóvenes se relacionan directamente con el hecho de llegar a descubrir que el Otro carece de ideales para ellos, y que aun más, ellos son el ideal para el Otro.

El presente capítulo inicia con un análisis de Vicente Mira acerca del lugar desde el cual la sociedad mira a los adolescentes, lugar que lo conforma la pareja seducción-miedo, más adelante ofrece ya no una pareja, sino un trío al cual se sumaría la fascinación (1993). Los adolescentes son fascinantes para los adultos, para la sociedad, son ubicados como objeto de estudio, ejemplo de una vida libre y sin preocupaciones, sujetos que escapan de *la máquina giratoria del Otro*. Los más pequeños desean la independencia de la cual gozan los adolescentes, y los más grandes anhelan la libertad que aparentan.

Carentes de ideales a los cuales servir o aferrarse, y constituyendo ellos el ideal al que se apunta, *la adolescencia se prolonga*, y cada adolescente buscará la manera de ser otro al que ya es, uno diferente a los otros que lo rodean, y por su parte el mercado hará lo suyo para satisfacerlo ofreciendo toda una gama de surtidos productos.

Salida de la adolescencia es un encuentro singular.

Para poder abordar lo que correspondería a una salida posible de la adolescencia, debería orientarse el trabajo hacia el ideal del yo, Stevens (2001) dice que “se trata de que el sujeto le encuentre a su yo otra forma y hace falta para eso que se oriente hacia gran I, hacia el Ideal del yo” (párr.8), para afirmarlo se basa en el esquema R de Lacan y explica que el yo (*moi*) necesita orientarse hacia un nuevo ideal del yo (I) asegurando así el sentimiento que tiene de sí mismo con el sentimiento de la vida.

Un adolescente se encuentra en una travesía por conocerse, descubrir lo que podría decirse y pensarse de él, cómo es mirado por los demás, que puede creer que sabe de sí, esta es una de las razones por las cuales se entusiasman sobre medida ante pruebas proyectivas o de personalidad y llegan incluso a demandarlo. Es como si tuviesen la fantasía de esclarecer su porvenir mediante el autoanálisis y la auto comprensión.

“El recurso a la carta y a la escritura de un diario íntimo puede ayudar a fijar el goce en más” (Lacadé, 2010, p. 122), la escritura del difícil tiempo de la adolescencia permite ubicar en un espacio delimitado por un marco simbólico aquello que se acarrea

como un sufrimiento desconocido. La inscripción en un significante que lo nombre le otorga consistencia y resguardo, así pasa a nombrarse como poeta, escritor, vago, perezoso, dibujante, deportista. Otros significantes que se presentan en la actualidad como condensadores de goce son: gamer, youtuber, geeky.

Es una propuesta harto conocida la que insiste en la conformación de espacios dispuestos a alojar la palabra de los adolescentes. En la actualidad la vida es una prisa, es necesario seguir el paso marcado por el Otro de la ciencia y el capitalismo. Los adolescentes lo comprenden mejor que nadie y todo profesional de la psicología que tenga la oportunidad de trabajar con jóvenes podrá constatar que no son pocos los casos en que un adolescente consulta solo por hablar, hablar con alguien que lo escuche, que lo haga sentir que no solo las redes sociales llevan un registro de su vida, alguien a quien realmente le importe su historia y su dolor. A ese profesional lo ponen al tanto de los datos más insignificantes: una buena nota, una mala decisión, una culpa, entre otros. Un adolescente necesita de un espacio en el cual poder tomar un respiro, hacer una pausa de todo lo que atañe al Otro para analizar su relación con él, rearmar sus soluciones y continuar en la búsqueda de su solución, aquella que quizás pueda establecerse como su *sinthome*.

Finalmente Stevens propone que la salida de la adolescencia consiste en “hacer una elección con el significante: un nombre, una profesión, un ideal, una mujer, una misión en el mundo” (2001, párr.11), que pueda con eso hacerse un síntoma, construir una nueva envoltura significativa capaz de envolver lo real del síntoma. Solo es posible considerar que un sujeto ha salido de la adolescencia si se ha enfrentado a un desencuentro amoroso, ese es el real ante el cual un adolescente realizará que aquello que devino de su familia es insuficiente.

El verdadero encuentro con la no relación sexual obliga a que cada adolescente tenga que arreglárselas con los recursos que dispone. Si bien es cierto se insiste en que es indispensable que se separe del discurso familiar, hará falta después que compruebe qué cosas sí funcionan de la herencia familiar, porque en última instancia la adolescencia será el momento en que el sujeto cierna qué del discurso parental se descarta y qué desea quedarse, *ir más allá del padre para servirse de él*.

La familia no puede ser demasiado buena, vale recordar que la angustia surge cuando falta la falta. Por el contrario, cuando los referentes previos son inexistentes o

muy pobres y las identificaciones horizontales son superyoicas, entonces se forman las pandillas, las bandas, sustitutos familiares o intentos por hacer Uno. Las identificaciones superyoicas proporcionan satisfacción narcisista al atender un ideal en común.

Ubicar la salida de su adolescencia será tarea de cada sujeto, un psicoanálisis puede ayudar, pero en una época en la cual la adolescencia es presentada como el ideal a seguir, serán menos los sujetos dispuestos a salir de ella. Abandonar los síntomas que lo sostuvieron, que generaron placer y displacer, durante un estadio tan conflictivo, es aún más difícil si se realiza que ahora, además, son avalados por el discurso del amo.

Para poder pensar el trabajo con adolescentes, la entrada y aún más, su salida, es probable que sea necesario ofrecer un recorrido por aquello que el psicoanálisis considera como síntoma, su historia, valor y operatividad. El próximo capítulo ofrece ciertas luces sobre el tema.

Se concluye el presente capítulo con la siguiente frase:

El joven requiere de encontrar en la cultura de su tiempo, escenarios posibles de la relación sexual que por estructura no hay, para que funcionen como semblante que engañen a lo real, lo autista, lo imposible, con los cuales puntualmente exceptuarse de la imposibilidad y poder tender el lazo que inaugure para sí la relación de pareja.(Ricaurte, 2007, párr. 28)

4.4. Capítulo III: El síntoma adolescente

Al hablar de síntomas adolescentes, o sintomatología adolescente, en realidad se está hablando de los síntomas en general enlazados a las nuevas modalidades discursivas presentes en las distintas épocas, mas no en realidad, de una clasificación de síntomas que corresponden a un determinado grupo de estudio para el psicoanálisis, lo cierto es que el psicoanálisis no clasifica.

Y si estos síntomas no ocupan un puesto de exclusividad dentro de la población adolescente, entonces ¿por qué proponer la adolescencia como su lugar de estudio? La respuesta, aunque compleja, radica en distintos puntos que serán abordados. Al comienzo, una sustentación siempre es complicada, así que se iniciará por lo que se podría considerar lo más básico, una concepción del síntoma en general.

La ciencia y el síntoma.

En el Diccionario online de la Real Academia de la Lengua Española puede encontrarse dos definiciones de síntoma: “Manifestación reveladora de una enfermedad”, es una definición clara, el síntoma es el encargado de denunciar una enfermedad; la segunda descripción en el diccionario es “Señal o indicio de algo que está sucediendo o va a suceder”, similar a la primera, solo que aquí se suma la anticipación.

La medicina distingue entre un signo que consiste en un hecho que puede ser observado por el médico o especialista, como los edemas o la fiebre, mientras que los síntomas en realidad son siempre subjetivos, como las náuseas o el dolor, es decir que dependerán exclusivamente de la subjetividad del paciente y eso trae consigo diversas complicaciones puesto que, continuando con el ejemplo, el médico no logra saber jamás a ciencia cierta qué grado de dolor padece el paciente o de qué dolor se trata y solo queda hacer uso de los significantes que se presten a la causa para metaforizar el asunto “siento *como retorcijones*”, “*como punzadas*”, solo es posible llegar al *como si*, mas no al *esto es*, a pesar de los esfuerzos e invenciones de la ciencia como sus escalas del dolor : *del 1 al 10 ¿qué tanto le duele?*

Una precisa frase de Freud permite ubicar temprano en el presente trabajo, un destello de lo que se considera *falla en el lenguaje*. A propósito de sus primeras pacientes, mientras una le describe su sintomatología, él sostiene: "Se ve claramente

que, en su opinión, es el lenguaje demasiado pobre para dar expresión a sus sensaciones, las cuales son algo único, jamás experimentado por nadie, siendo imposible agotar su descripción" (1895, p. 108).

Los psiquiatras orientados por el DSM consideran a los síntomas como un conjunto de características que deben ser enumeradas en el paciente para constatar si cumple o no con los parámetros para el diagnóstico, así puede contemplarse en la siguiente descripción acerca del diagnóstico de depresión:

La depresión es un cuadro heterogéneo que resulta de la disfunción de varios neurotransmisores o sistemas metabólicos que se caracteriza por presentar una vulnerabilidad particular (genética), una sensibilidad incrementada (estrés) y una desincronización de los ritmos biológicos. Se presenta con humor depresivo, pérdida del interés o placer, sentimientos de culpa o de auto depreciación, con disturbios en el sueño o en el apetito, pérdida de energía y dificultad para concentrarse" (Czernik, G., Giménez, S., Mora, M., Almirón, L., 2006, párr. 3).

La primera parte consta de una explicación sobre las posibles causas de la depresión, mientras que la segunda comparte con el lector el catálogo de síntomas, subjetivos todos, que constituirían el diagnóstico. Miller en *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica* (2004) añadirá: "El síntoma en sentido estricto es una emergencia, una irrupción, una formación siempre localizada, identificable no solo por el terapeuta sino que el sujeto la aísla como tal."(p.164) El síntoma consiste en una cosa extraña para el paciente.

Freud, Psicoanálisis y síntoma.

"Cuando se trata del síntoma analítico, al menos después de su elaboración en el análisis, es una formación que se siente como extranjera, como un enclave. Así describe Freud el síntoma propiamente dicho"(Miller, 2004, p.164) Freud descubre el inconsciente gracias al síntoma, las pacientes que llegaban a su consulta se quejaban no sólo de no poder cumplir con su deseo, sino que además ubicaban en ellas ciertas fuerzas, impulsos, acciones, que no lograban explicar y que además iban en contra del deseo que manifestaban.

Basta con hacer un pequeño recorrido por las primeras aportaciones teóricas de Freud, para hallar que por ejemplo, una de sus pacientes, madre que deseaba con pasión amamantar a sus hijos, lo veía obstaculizado por su propio cuerpo que le negaba la posibilidad del acto al causarle náuseas y vómitos (1892-1893); también otra paciente que se quejaba de intensos dolores en las piernas que le impedían caminar, pero en la cual Freud notó, mientras la examinaba, expresiones de placer y no de dolor en la supuesta zona afectada (1895). Los síntomas se manifestaban en el cuerpo, se somatizaban, en estas pacientes “el síntoma decía lo que la palabra consciente no podía. Era el decir del tiempo roto. Síntoma: enigma escrito en el cuerpo de aquello que la invocación ignoraba.”(Morales, 2014, p.8).

El síntoma, su síntoma, era para cada una de estos sujetos, algo que se les presentaba como extraño, como ajeno a ellas, que escapaba de su control. Había una fuerza que no simpatizaba con el deseo, se trató de algo que se mantenía en discordancia entre la causa y el efecto, y eso fue para Freud un punto clave para su desarrollo del inconsciente. "El sujeto no sabe sobre aquello que está en el origen de los síntomas que soporta (he ahí el inconsciente) porque nada quiere saber de qué no puede saber que no hay Saber sobre lo sexual." (Masotta, 2006, p.29). El síntoma es inconsciente.

El inconsciente anhela ser interpretado, por eso busca hacerse escuchar, por eso es tan ruidoso. El yo reprime las representaciones que le son insoportables, así todo este material pasa a lo inconsciente, pero no se queda allí, y por eso reaparece en lo que se llaman las formaciones del inconsciente, y a las cuales Lacan les dedica todo un año en su *Seminario 5*. Los lapsus, los chistes, los sueños, e incluso los síntomas son considerados manifestaciones del inconsciente.

El inconsciente no es sumiso, podría considerarse como una fuerza que empuja hacia arriba, hacia la superficie, mientras que el yo y la consciencia insisten en empujar hacia abajo mediante la represión, y, el síntoma podría ubicarse en aquel lugar en donde chocan ambas fuerzas. Por lo ya mencionado, es que se sostiene la fórmula que dice *lo reprimido es igual al retorno de lo reprimido*.

Para Freud, el psicoanálisis era repetición, la elección de la pareja amorosa era una repetición del Edipo infantil, no se la encuentra sino que se la re-encuentra, y la aparición del síntoma es explicada bajo los dos momentos del trauma: Una vivencia con alta carga emotiva no logra transitarse en la infancia así que se reprime, luego el

segundo momento consiste en una situación futura cuya fuerte carga emotiva se vincula con el primer momento y trae a la luz aquello que se reprimió. Se trata de la repetición de un saber que no se sabe que se sabe, un saber que el yo prefiere mantener en olvido. Helí Morales sostiene que “el síntoma recordaba lo que el sujeto no podía. La primera aproximación de lo que sería el inconsciente se presenta como una memoria del olvido.”(2014, p. 8)

El psicoanálisis inicia con Freud y sus histéricas. Pacientes, todas mujeres que presentaban una multiplicidad de escandalosos síntomas y de los cuales la ciencia no podía decir nada a pesar de sus investigaciones. El psicoanálisis comienza verdaderamente con lo real del síntoma que escapaba a la ciencia, y fue así que la ciencia, agotando recursos decide remitir dichas pacientes a Freud, neurólogo vienés estudiado con J. M. Charcot, quien proponía la hipnosis como una terapia alternativa para esta enfermedad.

Sin embargo, el verdadero comienzo del psicoanálisis se ubicaría un tiempo después tal como lo sostiene el siguiente fragmento de Oscar Masotta en *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (2006):

Freud advierte que el psicoanálisis comienza en verdad en el momento en que hace *asociar* a sus pacientes. En principio había creído que la hipnosis podía ofrecer el instrumento de base para la terapia del neurótico (...) Cambia entonces Freud el método hipnótico por el procedimiento que llamó la *presión* (...) La hipnosis y el método de la presión son correlativos de la teoría traumática (...) En 1897 abandona la teoría del trauma y descubre el concepto de fantasía (...) cuando se abandona la teoría del trauma cambia la idea de cuál sería el tipo de discurso que debería promoverse en el paciente. Quiero decir: la teoría de la libre asociación, hacer que el paciente hable de cualquier cosa, que se entregue a sus asociaciones más banales... (p.44)

Al pensar en el síntoma desde la concepción médica se contempla una relación directa entre el síntoma y una causa real que sería la que lo esté generando, y el trabajo implica la curación de ese síntoma atendiendo la causa, en este punto se encontraba Freud cuando pretendía abordar la histeria desde la hipnosis y la técnica de la presión, técnicas concernientes a la sugestión. Se trataba entonces de que los pacientes puedan verbalizar la causa real generadora del síntoma, es decir el trauma, para así curarlo.

Freud descubre que no todos los pacientes son hipnotizables, que hace falta cierta predisposición para lograr dicho efecto. Después encuentra que la técnica de presión llega a sus límites cuando surge en sus pacientes determinadas fuerzas que se oponen a la voluntad y al trabajo, fuerzas que llamarán resistencias o defensas.

Con el descubrimiento de las fantasías neuróticas que, sin embargo, llegan a adquirir valor de verdad para sus pacientes, Freud propone el concepto de realidad psíquica. Esto fue necesario para él debido a que comprende que aquello que generaba los síntomas, no siempre se trataba de traumas que el sujeto vivió y cuya carga emotiva no supo transitar apropiadamente. Sino que, en muchos casos, aquello que era ubicado como traumático consistía en fantasías. Esto conlleva a que el método de trabajo cambie y Freud emplee lo que llamará asociación libre.

La asociación libre es la técnica que sostiene la regla fundamental de un psicoanálisis, pedirle al paciente que diga, sin censura, todo lo que se le venga a la mente, sin importar lo descabellado que sea. Se trata de una técnica que busca generar en el paciente las vías posibles para que su inconsciente logre manifestarse en su discurso, sea mediante chistes, lapsus, sueños, asociaciones.

Ya no se trataba de un trauma detrás de cada síntoma, sino que se pasa a otro terreno que sostendrá que detrás de cada síntoma hay una fantasía, que adquiere el valor de trauma sexual infantil inconsciente. Más adelante, con Lacan, gracias a su teorización sobre el goce condensado en el objeto *a* y, a la incorporación del significante, podrá sostenerse que detrás de cada síntoma hay un fantasma, que se expresa con la fórmula ($\$ \langle a \rangle$), esto implica reconocer que existe un goce que es irreductible en el síntoma y que dependerá de las distintas formas en que el sujeto entre en relación con ese goce. Buena o mala relación, eso conducirá a que el síntoma haga o no problema y que finalmente un sujeto decida su entrada a un trabajo analítico.

El Uno y Otro del síntoma.

En *El Otro que no existe y sus comités de ética* (2005), Miller sostiene la posibilidad de un *buen uso del síntoma*, la posibilidad de arreglárselas con el síntoma, y explica que esto "Remite a aquello de lo que es capaz el sujeto en el orden imaginario" (p.422), manifiesta que este buen uso depende de que el sujeto se complazca en el goce. Luego

añadirá que esta complacencia ya implica algo de lo "sin escrúpulos", pero que sin embargo funciona.

En el mismo seminario, explica cuál debe ser el punto de vista en lo que concierne al síntoma, y así, decide que se lo considere como un disfuncionamiento: "Nuestro punto de vista espontáneo sobre el síntoma es considerarlo un disfuncionamiento (decimos síntoma cuando hay algo que no funciona bien) que sólo es sintomático respecto del Ideal. Cuando dejamos de ubicarlo respecto del Ideal, ¡es un funcionamiento!" (p.373)

Es necesario enfatizar la importancia del Ideal en su relación con el síntoma. El Ideal es una de las representaciones del Otro, pues deviene de la cultura, de la familia, religión, etc. por lo tanto al síntoma hay que pensarlo como una posición frente al Otro, a saber, frente a su demanda, la demanda del Otro. En el grafo del deseo, Lacan ubica el punto de partida desde un sujeto mítico de la necesidad, representado con el símbolo delta (Δ). Este sujeto se topa con que, para que su necesidad sea complacida debe demandarlo al Otro, por lo tanto se encuentra con un impasse estructural.

Sin embargo, para demandar al Otro se requiere hacerlo con los significantes que devienen de este, pues el Otro demanda que se le hable bajo ciertos parámetros, bajo determinado lenguaje. El Otro es "ese que demanda el objeto, es a quien se le demanda, ese que se lo niega al sujeto o que el sujeto rechaza; el Otro que permite, el Otro que registra" (Miller, 2004, p.161) y el síntoma consistiría en las múltiples formas en que el sujeto se posicione frente a la demanda del Otro.

Miller simplifica la cuestión del síntoma y la demanda haciendo uso de la lógica dual que hereda de Lacan: la alienación y la separación. En este, al hablar de los denominados *síntomas de moda*, piensa a la heroína, la depresión y la anorexia como síntomas que cumplen una modalidad de separación frente a la demanda del Otro, debido a que se trataría, por ejemplo, de la identificación como desecho del Otro o a una separación de la cadena signifiante (s_1-s_2); mientras que la cocaína, el estrés y la bulimia serían su contrapartida respectivamente, puesto que asisten a la lógica de la alienación, son síntomas que mantienen al sujeto *arrastrado o inscrito a la máquina giratoria del Otro* (2005).

Hasta este momento se trata del síntoma como mensaje que debe ser descifrado. Entre los tres registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario, hay uno que prevalece, aquel que opera en amparo del mensaje, del significante, y al cual esta cara del síntoma se aferra con fervor. Lo simbólico es el registro que domina esta primera concepción del síntoma que lo considera como un mensaje del Otro y para el Otro.

Desde Miller (2005), puede decirse que “El Otro, de quien el síntoma es mensaje, incluye el campo de la cultura, lo que determina la historicidad del síntoma”, el síntoma tiene historia, una verdad que desea ser contada, narrada, satisfecha. Pero además, el síntoma en sí mismo, “depende del que lo escucha, del que le habla, del que habla” (Miller, 2005, p.380). Ante los efectos de esta cara sucede que Miller proponga dos formas de abordaje del síntoma: Apasionarse por este e inflarlo de sentido, o, marcar cierta distancia para interrogarlo buscando qué pretende decir. A este segundo modo lo llamará en la clínica *Negligencia Benévola* (2005), y que consiste en inscribir el significado del Otro en el síntoma ($\text{£}=\text{s}(A)$), que salga del autoerotismo para descubrir el mensaje que porta.

En los tiempos de Freud el psicoanálisis consistía en aliviar al sujeto del Ideal, de los ideales que lo oprimían y que así pueda vivir más cómodamente con su síntoma, es un trabajo que aborda la primera cara del síntoma. Sin embargo, para el mismo Freud, y luego de forma más clara para Lacan, siempre había algo del síntoma que quedaba sin poder ser trabajado, comprendido, y que además se repetía.

Restos sintomáticos que llevaron a Freud a aconsejar que cada cinco años se retomara un psicoanálisis, es un poder que tiene el síntoma para empujar al sujeto más allá de lo placentero, una fuerza que va *más allá del principio del placer* (1920), esta es la otra cara del síntoma, la que no desea ser narrada o descifrada, la que no se interesa por ser interpretada, sino en mantener al sujeto atrapado en la iteración de lo que le es displacentero, en la repetición de aquello que no está en comunión con su deseo.

Contra la doctrina, contra la clínica, contra 24 siglos de pensamiento, Freud descubre azorado que el sujeto no busca su bien sino su mal. Inventa las palabras para decir que hay un placer en el dolor y un dolor que se alimenta de placer. Sí, la erotización del daño se puede denominar *goce* (Morales, 2014, p.9-10).

Primero es la pulsión, y luego son los modos de goce, la pulsión es voluntad de goce. La pulsión es una fuerza cuyo único propósito es alcanzar la satisfacción, lo exige. Esta carece de objeto específico para satisfacerse, por eso es de carácter *acéfalo*, y sin embargo siempre encuentra el modo de hacerlo. Es por esta fuerza constante de la satisfacción perpetua, que el sujeto se ve empujado a buscar en el Otro los semblantes necesarios para satisfacer la pulsión, para poder gozar.

La pulsión es autoerótica, pero para su pesar, no todo puede ser satisfecho en el sujeto gracias a la castración y es por eso que necesita buscar un *heterobjeto* para mantener su autoerotismo. Freud pensaba en plural al hablar de la pulsión y además la distinguía entre activa y pasiva, como en *golpear - ser golpeado*, pero luego se verá que la pulsión es sólo una y es siempre activa y que el circuito pulsional consiste realmente en *golpear - hacerse golpear*.

Una cara del síntoma está en el Otro, en sus ideales (I), y la otra cara está en lo Uno, en el goce (*a*), y las modalidades sintomáticas varían según se organicen estos elementos: ($I > a$); ($I < a$). Los síntomas favorecen al Ideal o al goce, en realidad siempre se goza del síntoma, pero en este momento se hace referencia a *a* como condensador de lo real del goce. Pero es posible profundizarlo un poco más y llegar a decir que el síntoma se conforma por dos elementos: El Otro, sus ideales, sus significantes, es decir, de un efecto del significante, de una significación; y del Uno, es decir, la relación del sujeto con su goce (Miller, 1998).

Uno y Otro unidos por *a*, que constituye el fantasma ($\$ \langle a \rangle$). La pulsión se ve forzada a buscar en el Otro algo que en un principio se separó de ella, esta es la marca de la castración, la significación fálica; y el Otro responde con semblantes, con modos de gozar, y finalmente un buen síntoma, un *sinthome* dirá Lacan, es poder gozar del semblante, Miller dice "desde el punto de vista del síntoma- o del *sinthome*- no se trata de la ilusión y del despertar a lo real o a la verdad de lo real, sino de que el sujeto es feliz tanto en el dolor como en el placer, tanto en la ilusión como en la verdad" (2005, p.422).

La parte del síntoma que corresponde al Uno, a la pulsión, se mantiene inmóvil, la pulsión no varía. Desde la teoría se sostiene que aquello que varía en el síntoma corresponde a la parte que se enlaza al Otro, a sus significantes. En el síntoma "está lo que cambia y lo que no cambia" (Miller, 2005, p.380), es por eso que en la clínica "nos

topamos con nuevos síntomas, nuevos fantasmas, pero hasta ahora no hay nueva pulsión” (Miller, 2005, p.380), y Miller llega a proponer que “lo que se renueva es el envoltorio formal del núcleo, *Kern*, de goce: (a)” (2005, p.380). La pulsión en el síntoma es una sola, constante y sin cambios; mientras que los modos de gozar varían según los significantes, la cultura, el Otro.

Creo en efecto que en más de un aspecto la historia, entendida como cambio de los usos y presiones culturales, puede ser considerada como invariable cuando se trata del sujeto del que se ocupa el psicoanálisis. Sin embargo, y al revés, los individuos son efectos, hijos de su tiempo. Pero de época en época hay algo que se repite: se ama por ejemplo y según la época de distintas maneras, pero ninguna época ha resuelto las aporías del amor. Si la pulsión no tiene objeto es porque seguramente no lo tenía en la época de Sócrates y Alcibíades. Por lo mismo, la historia varía mientras que el deseo es invariante. Basta releer *El Banquete* para comprender que lo que ocurre ahí a nivel del deseo entre Sócrates y Alcibíades se parece en más de un punto a lo que se plantea en la situación psicoanalítica." (Masotta, 2006, p. 79)

Las generaciones del síntoma.

Niño, adolescente, adulto, pulsionales todos y por lo tanto *gozosos*. Si no fuese así entonces la especie no se diferenciara con lo instintivo de los animales. Se sabe ya, que el síntoma posee dos caras, una que corresponde a lo pulsional del sujeto y otra que está directamente vinculada al Otro que sería el lenguaje que nos precede, el orden significativo que carece de garantías, un Otro que en realidad no existe.

En *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica* (2004), Miller comenta que "El orden simbólico es la garantía que tenemos de la incoherencia del llamado orden simbólico" (p. 173), resulta que (A), letra con la que se representa al Otro por su nombre en francés (Autre), en realidad es (A), ~~está tachado~~, está barrado, está en falta. Debido a esto, el Otro, o el discurso del Otro propiamente dicho, no es absoluto y varía con el tiempo.

Los sujetos ubicados dentro del grupo considerado socialmente como adultos, en todas sus variaciones (jóvenes adultos, adultos jóvenes, adultos, adultos mayores), aparentemente se sostienen de una supuesta solidez de lo que fue el discurso del Otro

en *sus tiempos*, y eso les permitiría manejarse en la vida medianamente bien sosteniendo un trabajo, una pareja, una familia. Sujetos, algunos, que aunque ha caído el Nombre del Padre, logran creer en él mediante su pluralización.

Los niños son hablados por el discurso de sus padres, aquellos que constituyen el Otro para ellos, y la frase *el niño es el síntoma de la dinámica parental* pronunciado por Lacan en sus *Dos notas sobre el niño*, ya es de manejo popular dentro de la comunidad psicoanalítica.

Con un adolescente ocurre distinto. Al niño primero le cambia el cuerpo con la llegada de la pubertad y por ende llegada de los caracteres sexuales secundarios, y luego le cambian sus amistades, sus referentes, su lugar en la sociedad, viéndose forzado a tener que construir apurada y forzosamente algo con todo eso que se le presenta, incluso cambia el cómo son mirados por los otros, tal como le ocurre a Wendla, personaje de la obra *Despertar de la Primavera* (1891) de Frank Wedekind, a la cual, el día de su décimo cuarto cumpleaños, su madre le pide que comience a usar vestidos más largos que le cubran las piernas, sin que ésta pueda comprender la razón. Lo que el púber logra construir es lo que en psicoanálisis se comprende como su *adolescencia*.

En *Despertar de la adolescencia* (2014), Mario Elkin, realiza una lectura de la propuesta de Stevens, y señala: "Así, con la categoría de *adolescencia* se designa un conjunto de conductas sintomáticas, que en ese momento son elaboradas por los sujetos como respuesta a la metamorfosis de la pubertad". (p.11)

Lo que sorprende en los adolescentes, es la fuerza con la que se manifiestan los síntomas. Podría hablarse de la pureza del envoltorio del síntoma, de sus manifestaciones estrechamente ligadas con aquello que no marcha en la sociedad y en ellos mismos. En el momento crucial en que se deja de creer en el Otro, y en que los recursos simbólicos adquiridos comienzan a desfallecer, a un adolescente no le queda más recursos que lo imaginario y los acting out para tramitar lo real.

La adolescencia consiste en un estadio durante el cual la falla del discurso del Otro se pone en mayor evidencia, no alcanza a ser velada, y los sujetos se encuentran con que lo aprendido en sus historias no es suficiente para establecer vínculos sociales, pertenecer a grupos de su interés o incluso formar una pareja. Para conseguirlo será

necesario que logren transitar desde el lugar que ocupan como sujetos del enunciado (de sus padres) a sujetos de la enunciación.

Lo mencionado en el párrafo anterior se relaciona con lo que Ferreira da Silva aconseja en *El imperio de las imágenes y la adolescencia* (2015): "Para que podamos abordar a los jóvenes que nos llegan, es preciso localizar si hubo una entrada en la adolescencia" (p.225). Y continúa, "Esa entrada coincide con la salida de la infancia cuando el sujeto puede tomar la palabra sin estar ya sometido a la autorización de los padres para hacerlo" (p.225)

Estos jóvenes sujetos encarnan en el cuerpo y en sus síntomas, la decepción que se sufre al constatar que el Otro también está en falta, que hay una falla en el lenguaje que no le permitirá alcanzar Saber en lo sexual, que la muerte y la no relación sexual son insoportables, que no existe significante alguno que le permita representarse, es decir, el decirlo todo sobre él, constatar que no es más que lo que un significante significa para otro significante, y que finalmente se encuentra sólo contra todo esto, he ahí la razón del porqué entre el discurso de los jóvenes figura tanto *la soledad* como el mayor de sus temores. A propósito de la soledad, Masotta dice "Lo que el sujeto reprime es que, tratándose de cosas sexuales, tiene que arreglárselas solo. Ni la pulsión le facilita la determinación del objeto, ni hay Saber del objeto que la pulsión podría determinar." (2006, p.29)

El púber necesita prepararse ante el inminente encuentro con la no relación sexual, está corriendo a contrarreloj, necesita re-armarse un cuerpo y conocer algo del Otro cuerpo, quizás lo encuentre en la pornografía. Necesita abandonar sus modalidades de goce infantil y acoger modalidades *más acorde a su edad*, a pesar de no sentirse listo, pero tal vez le ayuden las identificaciones horizontales con sus pares, y las elecciones que tome conformarán su adolescencia.

Finalmente, la adolescencia se trataría de una serie de invenciones y construcciones, sino al menos de actings y construcciones, que puedan ir significando, velando el real que ha decidido mostrarse abruptamente. Construcciones que en adelante definirán varios aspectos de la vida del sujeto. Ferreira Da Silva explica que durante un trabajo de análisis "podemos constatar que lo que ocurrió en el momento de la entrada en la adolescencia continúa guiando nuestras conductas. Se trata de un júbilo, vivido como

placer y horror, que se establece como una nueva versión imaginaria del cuerpo." (2015, p. 223)

¿Solucionar el síntoma?

(£/Causa), (£/Trauma), (£/Fantasía), (£/\$<a), (£/no relación sexual).

Primero el síntoma como respuesta a una causa, luego el síntoma como efecto del trauma y después de una fantasía, más adelante se trató del fantasma. Ahora el trabajo orienta a pensar el síntoma como suplencia a la no relación sexual. La adolescencia no es un diagnóstico y los síntomas con los que se presenta un adolescente no deben concebirse como un problema a curar.

El recorrido sobre el síntoma que se muestra en el presente trabajo, puede situarse en la lectura que Miller realiza en *El Partenaire-síntoma* (2008), acerca del síntoma en Lacan. Este propone leer al síntoma en un primer momento como un disfuncionamiento, el síntoma es una verdad de aquello que no marcha en el sujeto y de lo cual no desea saber nada. En aquel lugar se ubican las tres primeras lecturas del síntoma: Respuesta a una causa, a un trauma y a una fantasía.

En un segundo momento de la enseñanza de Lacan, señala Miller que, el síntoma deja de ser un disfuncionamiento y pasa por el contrario a ser un funcionamiento pues se encuentra estrechamente ligado a la relación del sujeto con su goce, lo cual introduce al fantasma en la ecuación y se abren las interrogantes acerca de la no relación sexual.

Ambas concepciones del síntoma tienen su validez, una no descarta a la otra, pero más vale señalar que al tratarse del trabajo con un adolescente, la segunda concepción sería más apropiada, y pensar su síntoma como un funcionamiento orienta el trabajo hacia una ética que sea la del deseo del sujeto. Su síntoma es lo único de lo que dispone un adolescente, y su valor es resaltado por múltiples autores.

Una solución para todo sujeto podría ser un *sinthome*, pero este consiste en que el sujeto pueda gozar de sus fantasmas, e incluso el fantasma se reformula con la llegada de la pubertad, así que a estos sujetos, limitados, les toca al menos lograr un buen uso del síntoma amparado principalmente en el registro de lo imaginario, pues se trataría de hacer con el síntoma como se hace con el cuerpo, se lo cuida (Miller, 2005).

A veces se considera un psicoanálisis como la posibilidad de encontrar una comunión con su síntoma, de poder vivir en paz con este. El psicoanálisis no cura los síntomas, los estudia, los interpreta, los escucha, los interroga, y a pesar de esto no se opone a la terapéutica y podría aliviar el dolor que causan los síntomas. A veces incluso el trabajo podría bastar con la terapéutica del síntoma, esto se encuentra desde Freud, y Miller lo recuerda en un comentario que realiza acerca de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), donde sostiene que en la neurosis obsesiva hay un momento en que el sujeto adopta el síntoma, "forma parte de su personalidad y, lejos de despegarse, se vuelve fuente de satisfacción agradable, sin discordancia como ocurre con el síntoma histérico" (2005, p. 373)

En *La ética del psicoanálisis* (2006) Miller continúa sus lecturas de Freud y propone que en *El malestar en la cultura* (1930) Freud define la ética "como una tentativa terapéutica" (p.156), pero además profundiza diciendo: "Una tentativa terapéutica al servicio del programa de la cultura, es decir, a alentar al individuo para que acepte las exigencias culturales del superyó" (p.156).

Uno de los puntos más importantes del texto mencionado consiste en lo sostenido con relación al goce, y es que debido a las exigencias del superyó, de sus dos caras, se concluye con el postulado de que el sujeto goza tanto en el placer como en la renuncia al placer, tal como lo propone Lacan en su abordaje acerca de *Kant con Sade* (1962).

La *Schicksal* que sería la sustitución del objeto de la pulsión, como ocurre con la defensa de la sublimación, y la *Verzicht* que sería la renuncia al objeto, implica entrar en cierta dialéctica con el Otro y curiosamente ambos traen consigo una satisfacción. Pero, "Cuando el semblante social no alcanza, cuando los síntomas como modos de gozar que les ofrece la cultura no bastan, en los intersticios hay lugar para los síntomas individuales, que sin embargo son de la misma esencia que los sociales" (Miller, 2005, p. 383)

Esto no es exclusivo de la neurosis obsesiva, sólo se la utiliza de ejemplo debido a la observable ferocidad que se contempla en el superyó de estos sujetos, la neurosis histérica tiene sus propias modalidades para entrar en comunión con su síntoma como lo es la insatisfacción de su deseo, sólo que en la superficie se muestra como un mecanismo menos eficaz.

Continuando con la línea de pensamiento, en la adolescencia pareciera que no bastan los modos de gozar que ofrece la cultura, y frondosos son los ejemplos en que adolescentes, solos o en grupo atentaran con sus actos en contra de la cultura, en contra de la sociedad, o también utilizando un lenguaje que les sea propio, que no sea del Otro, por eso las palabras que usan están en continua reinvención y así, por ejemplo, *besarse* se volvió *comerse* y luego *mamarse*.

Es como si desearan promover una cultura propia que los entienda, actos que dan cuenta siempre de un intenso malestar, de un sufrimiento que no pueden dejar de padecer y del cual no hablan, pero que hacen escuchar. Este sufrimiento es producto de "la horrible soledad del goce" (Miller, 2005, p.381) que "se evidencia especialmente en la dimensión autística del síntoma" (Miller, 2005, p. 381) No es coincidencia que sea tan popular el lapsus acerca del significado de la palabra *adolescente*, que como ya se sabe, etimológicamente no significa *adolecer*.

¿Qué posibilidades encuentran los adolescentes?, Y aún más ¿qué solución posible para cada adolescente?, Si el síntoma es tan complejo como ya se ha demostrado y los adolescentes son todos sujetos que han padecido su encuentro con lo real, ¿Por qué hay unos a los que parece irles mejor que a otros? Se intentará responder en el siguiente capítulo.

4.5. CAPÍTULO IV: Presentación de casos

Al orientar la investigación hacia la inoperancia familiar y su relación con los síntomas adolescentes, es evidente gracias al presente recorrido que, no se pretende en ningún momento sostener una hipótesis de causa-efecto, pues se dejaría de lado una propuesta fundamental de la cura psicoanalítica que consiste en que el sujeto encuentre su responsabilidad en aquello que lo aqueja. Si la familia interesa, no se tratará del conjunto de sus miembros unidos por la consanguineidad o la supervivencia, ni del grupo de individuos que viven en un determinado espacio físico que a veces es nombrado bajo el significante "hogar".

Lo que interesa de la familia, son los significantes que provienen de ésta y de los cuales se apropia el sujeto, se trata de la familia misma como significante que atraviesa el cuerpo y por ende la historia. Significantes que otorgan fantasías de identidad y erogenizan el cuerpo, el apellido es un ejemplo, el nombre propio su paradigma, pues hay un deseo en torno a aquel nombre que se eligió por sobre todos los demás y se constituye en un significante capaz de significar y justificar, dentro de lo que la falla en el lenguaje permite, la existencia de cada sujeto, en eso consiste su ficción, aunque luego fracase en la adolescencia y los apodosos o pseudónimos devengan necesidad, situación muy común entre jóvenes.

Y, por otro lado, se trata de la familia como *secreto*, un secreto acerca del goce que es siempre singular, su función consiste en transmitir un *saber hacer* con el goce incluso si se trata de un *saber mantenerlo en secreto*, siempre es secreto. El psicoanalista Renato Andrade dice al respecto:

Que un <<secreto>> sea <<de familia>> no quiere decir que debemos ubicarlo en el plano de lo colectivo, ya que se trata allí de una elección: no hablar. Que ese silencio coincida con un acuerdo grupal, explícito o implícito, con un acto de reciprocidad o lealtad, o cualquier otro ideal, no borra la decisión del sujeto. (2016, párr.3)

Se resalta la importancia que Andrade hace al distinguir entre lo familiar y lo colectivo, pues el psicoanálisis no se ocupa de las familias, ni de los individuos como producto de una familia, si se encuentran efectos terapéuticos en las interrelaciones

familiares cuando un sujeto está en análisis, esto debe considerarse como un valor agregado al trabajo analítico.

En *Observaciones sobre el amor de transferencia* (1915), se puede hallar una frase que encaja muy bien con la presente sustentación. Mientras expone sobre los problemas que el enamoramiento puede traer al trabajo analítico, Freud sostiene que "Para la paciente surge una alternativa: o renuncia definitivamente al tratamiento analítico o ha de aceptar, como algo inevitable, un amor pasajero por el médico que la trate" (p.1690). Y, en el siguiente párrafo explica que esa decisión solo puede tomarla la analizante y no la familia: "El interés de la enferma debe ser el único factor decisivo, pues el cariño de sus familiares no la curará jamás de su neurosis." (p.1690). En otras palabras, para alcanzar la cura de un síntoma neurótico, no basta con el amor de la familia.

Bassols propone pensar que cuando se recibe a un sujeto, no se lo debe considerar en tanto es elemento de una familia, se hace escuchando los significantes privilegiados que provienen de su historia familiar. La familia no es la suma de sus elementos, y por eso el psicoanálisis no puede ser jamás una terapia de familia en la práctica. (Como se cita en Mozzi, 2016)

Puede concluirse entonces que lo más importante, no es la familia como tal, sino de qué forma operan los significantes que el sujeto se ha llevado de su historia, cuales eligió y cuales desechó. Esto conduce nuevamente a la idea inicial, la cual mantiene siempre la responsabilidad. Esta responsabilidad, aunque implícita en el analizante, ha estado explícita en Freud desde sus primeros escritos, así lo demuestran las siguientes citas:

Son frecuentísimas las oportunidades en las cuales el niño es menospreciado o en que por lo menos *se siente* menospreciado, en las cuales sienten que no recibe el pleno amor de sus padres o, principalmente, lamenta tener que compartirlo con hermanos y hermanas. (Freud, 1909, p. 1361).

La siguiente cita corresponde a un informe escrito el 22 de Noviembre de 1911, por la Sociedad psicoanalítica de Viena:

El grano de verdad que contiene esa fantasía (de seducción) reside en el hecho que el padre ha efectivamente, por caricias inocentes, despertado en la más

temprana infancia la sexualidad de la niña pequeña (lo mismo vale para el niño y su madre). Son los mismos padres tiernos que se esfuerzan más tarde en deshabilitar el niño de la masturbación, de la cual ellos se volvieron la causa sin quererlo. (Como citado en Ramírez, 2014, p.261)

El resaltado en la primera cita le corresponde a Freud, y con este solo es posible pensar que mediante esa técnica, busca enfatizar que no se trata sólo de lo que ocurra al sujeto desde factores externos, sino que además dependerá de cómo dichos factores se interrelacionen con factores internos, las emociones, el cuerpo; En la segunda cita no hay resaltados, pero no hacen falta pues es evidente que aquello que inicia las fantasías sexuales infantiles, no fueron las caricias ultrajantes por parte de sus padres, sino las "caricias inocentes" enlazadas a lo insubjetivable para el niño y que devino traumático.

La noción de responsabilidad del sujeto es llevada al extremo por Miller en *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica* (2003), cuando explica que Lacan llega a implicar al Otro en la pulsión y la define como una posición subjetiva respecto de la demanda del Otro que se viera reflejada en la oposición a la demanda proveniente del Otro, y en la demanda al Otro. Hace falta que el sujeto tome distancia, asuma una posición subjetiva para que haya pulsión, si no, entonces hubiera "absorción en la demanda del Otro" (Miller, 2003, p. 179). Todo esto ya conlleva una responsabilidad.

Se ve que no solo no se favorece a la familia, sino que además obstaculiza el trabajo con los pacientes. Los adolescentes no son víctimas, pero tampoco son culpables, tal vez es más apropiado decir que son responsables del malestar que causa sus síntomas. El psicoanálisis es el reverso del discurso del amo, y un trabajo analítico no orienta al sujeto a acomodarse al Ideal, pero cuando se trata del trabajo con un adolescente hay que ceder a que el semblante se preste a veces como modelo de adulto, al menos uno que parezca feliz con la elección que tomó acerca del qué hacer con su vida; En otros momentos posicionarse desde el saber y poder responder a urgencias subjetivas que puedan presentarse, a veces el sentimiento de la vida se desgarrar; Pero por sobre todo, mantener el compromiso de acompañar a ese adolescente, a cada uno, en la historización que hace de su vida, de su familia, para finalmente cernir qué significantes podrán acompañarlo el resto del camino y cuáles será mejor desechar, y

tal vez, si ese adolescente lo desea, comience a proyectarse hacia el futuro y entonces habrá que ayudarlo a sostener esas metas.

La importancia a resaltar de la familia, radica en que en el momento en que un adolescente comience a desbrozar los significantes que devienen de ésta, necesita que en primer lugar dichos significantes ya estén ahí, que la familia haya sido capaz de transmitírselos. Si esto no ocurre pues el trabajo de aquel adolescente será aún más espinoso ya que se tratará entonces de construir primero aquellos significantes durante el tiempo en que ya los necesita.

A continuación se procede a la presentación de dos casos clínicos trabajados durante varios años en una institución educativa particular, los cuales son considerados ejemplares para la sustentación del presente trabajo debido a la riqueza sintomática mediante la cual se manifestó su adolescencia, y que además mantuvo una estrecha relación con sus historias familiares.

J y la adolescencia de papá y mamá.

J es un chico de 14 años cuando se inicia el trabajo en la institución. Es derivado por sus profesores pues hasta el momento se había tratado de un alumno modelo, su promedio se encontraba entre los mejores de su clase y era ejemplo de conducta para el resto de sus compañeros. Si bien es cierto no tenía malas notas, su promedio había bajado considerablemente y se había vuelto notoriamente inquieto: se levantaba en clases, caminaba, conversaba, interrumpía.

Es el mayor de tres hijos y único varón, la hermana que le sigue es casi dos años menor y al poco tiempo de nacer presentó un déficit orgánico que culminó en una discapacidad, la tercera hermana es menor por varios años. Sus padres están casados, y viven en un condominio que pertenece a los abuelos paternos así que sus demás familiares están cerca de ellos. Aparentemente una familia tradicional sin mayores problemas.

A pesar de haber sido derivado, él toma la iniciativa y se acerca a psicología pidiendo que se lo atienda, el motivo, su mejor amigo y amiga lo culpan de haber contado un secreto que no contó, angustiado por sentir que están decepcionados de él asiste constantemente al departamento y se inicia lo que será un extenso trabajo psicológico.

Siempre me disculpo así no sea mi culpa !estoy cansado; con esta frase pasa desde intentar agradar a sus amigos, a tratar de comprender por qué le importa tanto. No tarda en describir a su amiga como explosiva, se enoja fácilmente, no reconoce errores y humilla a los demás; rasgos que terminan por recordarle a su padre: alcohólico, siempre furioso en casa, y alguien que *rebaja a sus hijos* llamándolos inútiles o estúpidos si no *se mantienen en el tope* académicamente. Por otro lado su amigo, dócil, gracioso y lleno de consejos le recordará a su madre.

Sus papás siempre han tenido problemas económicos. Se conocieron muy jóvenes, se casaron pronto porque su mamá quedó embarazada y no pudieron estudiar la universidad, además fueron malos estudiantes en el colegio. Razones suficientes para atrapar a J en un destino discursivo que lo ubica como el futuro sustento de toda la familia, además de aquel que se ocupará de la hermana con discapacidad. Sabe que sus notas han disminuido, comprende que desde este año le interesan menos, y se culpa pues siente que decepcionará a sus padres. Recuerda haber recibido un castigo muy severo por una mala nota que sacó a sus 9 años.

A pesar de tener 14 años, J sigue siendo un niño que teme ser castigado como uno de 9, a propósito narra un sueño, su peor pesadilla en realidad: estar en el baño defecando y que una serpiente salga del inodoro y lo ataque. Sus temas rondan en torno a los padres y las notas, se desespera por distinguir entre las buenas decisiones y las malas, busca respuestas desde la religión hasta la filosofía, él habla de chicas que le gustan pero no logra decir más de lo que le permite su inocente amor infantil. Hará falta una idea para que ocurra un cambio de posición y la vertiente sensual emerja: *Pienso que si voy a hacer algo debo hacerlo porque me gusta y no por miedo a mis papás...Un día me llegó esa idea a la mente.*

J inicia un complejo período de duelo ante el desprendimiento del ideal parental que limitaba lo pulsional al campo académico, en el cual por un lado, apoyado en los consejos de su madre, se aventura en conocer chicas, escribirles e invitarlas a salir; por otro lado, los impasses que se presentaban con ellas, al igual que el rechazo efectuado por éstas, lo llevaban a tramitar momentos de depresión en que, gobernado por la pulsión de muerte, podía permanecer días inerte en cama, sin ganas de vivir.

Finalmente lo consigue, inicia una relación seria con una chica aparentemente tranquila de su salón, pero la felicidad no dura mucho pues su temor por llegar a perder

el objeto amado que tanto costó encontrar lo conduce a descubrir que, al igual que su papá, sufre de fuertes celos e inseguridades en su relación. Su padre tuvo novia que le fue infiel con un amigo cercano, después conoce a la mamá de J que sufrirá hasta la actualidad la celopatía que esa traición dejó como marca; Sin embargo la novia de J también ayuda a ese precoz descubrimiento hablándole de lo atractivo que le parece el cuerpo de sus compañeros y permitiendo acercamientos inapropiados de otros chicos.

¡Mujeres!, todas quieren maltrato... ¡que las traten como perras!, Tres meses soportó esa relación, su mamá le aconseja terminarla explicándole que si él quiere otra chica puede buscarla, mientras que ella como mujer se verá obligada a esperar que otro chico se interese en ella y la busque. Virilizado por la palabra materna, se abre en J dos vías de interrogación acerca del qué busca una mujer en un hombre: la primera lo interrogará menos, *"yo la traté tan bien y no le importó, mis amigos la trataban como idiota y le gustó..."*; La segunda, sin embargo, iniciará un nuevo período en su trabajo, *"Mis papás pelean mucho, siento que mi papá no nos quiere, sólo le interesa saber dónde está mi mamá, y con quién, la trata mal, no sé por qué ella sigue casada con él"*

Drama edípico en la entrada a su adolescencia, el amor que siente por su madre y el deseo de salvarla del padre despojándolo de ella, queda en evidencia al desplazarse hacía su hermana menor que es llevada al extranjero para ser intervenida quirúrgicamente por complicaciones. Siente que por *estar pensando en otras cosas* ha dejado muy sola a su hermana que lo necesita, no se ha ocupado de ella, *"quiero ser el hombre que ella necesita y que no le falte nada, hacerla reír, hacerla feliz"*. Comenta que su sueño siempre ha sido hacer feliz a todos, lo cual sería el opuesto de su papá, *"cuando hago algo mal me insulta y me recuerda todo lo malo que he hecho en mi vida"*.

Cuando lo simbólico no basta para hallar respuestas el sujeto podría encontrar socorro en lo imaginario, así J, que ya sufría por ser *muy soñador*, se queja de ser víctima de una adicción a los videojuegos que lo privan de su vida social y también comienza una producción desenfrenada de ideas y fantasías de lo que significaría para él ser un hombre ideal. Si el amor y el cariño no eran suficientes para hacer feliz a todas las mujeres, entonces tal vez sí lo sería una lujosa vida en el extranjero. Lo que al comienzo parecen sólidos proyectos de vida como ser un prestigioso médico en el

extranjero, se convierten en modos de excusar su actual rechazo al siempre horroroso encuentro con la no relación sexual. La alianza real/imaginario que implica el goce de sentido generaba una apuesta exageradamente fantasiosa por los señuelos fálicos de los que cree poder disponer en el futuro para hacer feliz a las mujeres: mansiones, yates, autos de lujo.

Durante aquel largo período, J expresaba un interés manifiesto en las chicas, seguía conociendo y escribiéndose con algunas, pero las fantasías le boicoteaban sus intenciones al planear situaciones exageradas que no se cumplían y que luego decepcionado lo llevaban nuevamente a un aislamiento depresivo. Su plan era sencillo, conocer chicas con las que no se implicaría sentimentalmente, sólo atendería sus necesidades físicas. Sin embargo se necesitó de dos momentos para que él realizara que ese plan no era el suyo.

Primero conoce una chica *tímida que se reía de sus chistes*, no pensó en besarla y se reprocha al respecto que no le pidió su número. “*Creo que me gusta...no lo sé. Siempre me confundo con ese sentimiento*”. El segundo momento consiste en dos sueños seguidos: perdido en la selva llega a un palacio donde conoce a rey que tiene 5 mujeres. J le dice que él le quitará el trono y el rey lo desafía. J rechaza enfrentamiento y espera escondido hasta que el rey se marcha, en ese momento él se sienta en el trono; el siguiente sueño es en el desierto, visualiza a lo lejos a la mujer de sus sueños, corre para alcanzarla pero nunca llega a ella.

Un día llega alegando que ahora comprende el peso del deseo de sus padres. Ambos se casaron al terminar el colegio y siempre se han quejado de no haber disfrutado su adolescencia, así que el discurso familiar prohíbe enamorarse para no dejar embarazada a ninguna mujer y tener que casarse. Él está obligado a disfrutar de su juventud del modo en que sus miserables padres no pudieron, sólo así comprende el que él y su hermana exprese abiertamente desear formar familias monoparentales. Los padres de J no respondían a su demanda de respeto, no respetaban su forma de ser adolescente, e imponían el ideal que para ellos significaba la juventud.

J ve en sus padres a dos infelices que lamentan su adultez. Sin embargo él desea enamorarse y los encuentros casuales no son lo suyo: “*Me siento solo, es una sensación horrible, a veces lloro cuando camino porque me llega una sensación de soledad*”. Al conocer a una chica poseedora de un rasgo diferente a las que ha pretendido, *una dama*

que se sienta con las piernas cruzadas, se enamora e inicia una relación con ella. "Ayer nos dimos un beso lento, fue lo más hermoso que me ha pasado. Yo pensaba que besarse era destromparse las bocas."

Fortalecido, ya no necesita de los consejos de su mamá, y ésta a su vez pierde el objeto con el cual gozaba llorando y dirigiendo las quejas de su esposo. La madre comienza a pedir a J que la ayude a formalizar su idea para un negocio y así poder divorciarse de su esposo pues ya no dependería económicamente de él. Esto genera gran angustia en J, la situación se le torna inmanejable, hará falta intervenir, realizar un corte ahí donde el padre no lo hizo jamás.

En adelante para J sólo quedará continuar profundizando en partes de su historia que hasta el momento mantenía como piezas sueltas: aunque ama a su hermana y siempre la apoyará, no es su deber criarla, sino el de sus padres. Desde niño sabe que su padre siempre le ha sido infiel a su mamá, aún hay noches en que llega muy tarde borracho o no duerme en casa. *"Cuando mis padres eran novios, mi papá le decía a mi mamá que como ella no le da eso, él lo busca en otras mujeres. Ella era muy tonta y se lo aceptaba."*

"A los 10 años no lo entendía, pero ahora lo recuerdo y me doy cuenta de qué se trataba". Le pregunta a su mamá por qué sigue aguantando, si él y su hermana ya no son excusa, ella responde que por débil, pero se ha reforzado y ahora puede discutir. J quiere que su mamá se divorcie, se vuelva a casar y tenga más hijos. Pero si no ocurre así, ya no le importa tanto, reconoce que algo encuentra su mamá en esa relación para continuarla a pesar de tantas penas.

Actualmente J tiene 18 años, lleva 10 meses con su novia en una relación estable, aún desea ser médico. Qué ha sido para él finalmente su adolescencia, el pasaje por una serie de síntomas que terminaban por desarticularse debido a la fuerza que en su historia adquiriría lo real familiar, se trataba de un chico dueño de la juventud que se presentaba como falo para los padres, un joven que encontró un espacio al cual dirigir sus preguntas para luego hallar respuestas, las suyas. J no ha salido aún de su adolescencia, pero basta señalar que por ahora, al menos, la tramita de forma más o menos feliz.

D ante la familia que deshumaniza

D tiene 15 años al inicio de su trabajo psicológico. Un día toca la puerta junto a cuatro amigos para bromear y hablar acerca de la masturbación, si está bien o si está mal, intentan lidiar con sus culpas. Al concluir anuncian su intención de seguir asistiendo, y todos lo hacen, menos D. Al cabo de un mes, durante cortos encuentros en los pasillos, repite bromas y quejas sobre no tener con quien hablar o de seguir esperando que alguien lo busque para hablar de sus problemas. Dispuesto a atender su demanda, es llamado a psicología.

Es el menor de dos hermanos, ambos son nuevos en la institución, su hermano es dos años mayor a él y sabe que también asiste a psicología. Sus papás están divorciados desde hace 2 años, fue una difícil separación resultado de múltiples infidelidades de su papá. Vive con su hermano y su mamá *cabreada que se enoja por todo*, siente que los trata mal y en varias ocasiones les ha dicho que preferiría que no hubiesen nacido. Sobre su papá destaca que es cumplido y buen padre, aunque acaba de iniciar una relación con una novia y ya casi no lo ve.

Durante las sesiones de D los temas que trae tratan la deplorable relación que mantiene con su madre, lo atento y cumplido que es su padre, y el malestar que le causa tener una condición económica inferior a la media de sus compañeros, sintiéndose extrañamente culpable. Con el tiempo logra ubicar su culpa al confesar que desde hace algunos meses comenzó a probar marihuana de forma casual, además este año se inició en el alcohol y el cigarrillo. Cada vez que prueba una sustancia se le presenta la idea de su mamá descubriéndolo, y por ende decepcionándola profundamente, lo cual se le torna angustiante. Sin embargo el consumo luego es trasladado a su casa donde corre más riesgos y donde siente más culpa.

Con el tiempo, el papá de D comienza a mostrarse ausente, su actual pareja tiene dos hijos y éste enfoca su atención, tiempo y dinero a complacerlos. D lo sabe, el papá le ha cancelado visitas por compromisos con *su nueva familia*. Las decepciones se vuelven constantes, a propósito se presentan dos frases: *“Mi papá solo nos quiere ver si está peleado con la novia y si tiene dinero, si no es así entonces le valemos mierda”*; *“Mi papá se fue de viaje con la novia y los hijos y ahora dice que no tiene dinero para el colegio y mis cosas. ¡Yo nunca me he ido de viaje! Me molesta que gaste dinero en pendejos que no son sus hijos.”*

Intenta refugiarse en amistades, pero durante una salida con amigos, ellos deciden frecuentar prostitutas y algunos participan en actos exhibicionistas con ellas. Lo presionan para que también participe pero él se niega, luego dirá haber encontrado una línea moral que lo separa de sus compañeros, del resto de hombres, cree que se debe a su madre, haberlo llevado a misa desde niño y hacerlo monaguillo es lo único que cree que ella ha hecho bien. Decepcionado de su familia y de sus amigos, D se vuelve un chico aislado, solitario que se queja de la falta de dinero. Al interrogar por qué le importa tanto el dinero, responde furioso “*¡Porque es de lo único que me hablan ellos! Me ponen en medio para pedir plata al uno y al otro y estoy cansado ¡No es mi culpa que estos cojudos no hayan sabido organizar sus vidas!*”

Hasta el momento, en toda su vida D se había interesado por dos chicas, con ambas la relación duró poco tiempo porque su mamá no las aprobó, perdió el interés en las mujeres y fue cuando inició su consumo de marihuana. Una fuerte pelea con su mamá fue lo que se necesitó para movilizar el síntoma. En una ocasión D, alterado comenta la siguiente discusión: Su mamá lo insulta y le reclama porque no le fue bien en el examen de matemáticas, furiosa le insiste en que intente hablar con el profesor y lo soborne si es necesario, él se rehúsa, a lo cual su mamá le responde “*No tienes huevos ¡Eres maricón!*”. Resalta que tiene baja autoestima y que sufre de nervios, ante una prueba o trabajo importante es víctima de estragos estomacales y ha llegado incluso a temblar sin control de su cuerpo, culpa a su madre al respecto, “*No puedo discutir con ella, siempre nos ha dicho que debemos amar a nuestra madre sin importar qué diga o haga. Que no seremos nadie sin nuestra mamá...*”

A D se le presenta una idea que no puede evitar, siente que su mamá no lo deja vivir y que a su papá ya no le importa, para este punto D ya no solo se queja de sus padres, sabe que *es la vida que tiene por ser hijo de padres divorciados*, y ahora pretende intentar verdaderamente conocer a los sujetos que *le tocó tener como padres*. Su mamá fue criada dentro de una buena familia, tuvo una vida alegre y tranquila hasta que conoció al papá de D, comenzaron a salir, quedó embarazada, él no planeaba casarse así que se alejó de ella y el bebé. Sin embargo mediante encuentros y repeticiones, ella vuelve a quedar embarazada y ya con dos hijos *le tocó casarse*.

Su papá fue “*criado cholo*”, es decir que siempre trataba de ser el mejor y destacar mediante engaños y estafas. Ascendió pronto en negocios y viajó a los Estados Unidos

donde estuvo preso por cinco años debido a tráfico de armas, es deportado al Ecuador donde luego estuvo preso 1 mes por tráfico de whiskey, eso ocurrió cerca del divorcio, además le era infiel a su esposa. D destaca que su abuelo paterno también se involucraba en negocios ilícitos. Ante la historia de su padre podrá formular: *“Yo no pienso en esto porque me da vergüenza que ese sea mi papá, creo que los papás de mis amigos conocen su historia, entonces mis amigos también pueden saberlo y nadie me dice nada. Es duro tener que vivir con las cosas que ha hecho tu papá”*:

Al cabo de un tiempo, destaca cuanto lo tranquiliza poder ubicar los efectos que tienen en su vida la relación con sus papás, así que vuelve a probar suerte en el campo social. Conoce chicas con las que intenta iniciar una relación, pero las deja a todas antes de formalizar la situación. Confundido por este impulso a repetir aquello que lo vuelve infeliz logra formular que ahora comprende que ha estado buscando chicas que sean del agrado de su mamá y no las que a él le gustan, ella siempre le dijo que su esposa debe ser como ella, por eso se siente asqueado cuando la relación marcha bien con aquellas chicas. *“Me preocupa elegir mal y tener una mala familia, me preocupa porque no sé cómo es tener una buena”*.

Finalmente conoce una chica que le gusta a él y a su mamá no. Ella le dijo que esa chica es *fea y chola*, a él le gusta porque es lo opuesto a su mamá. Señala que es la primera vez en su vida que siente algo tan fuerte y bello: *“Solo quiero verla y que ella me mire solo a mí, que me mire con amor, muchos hombres la quieren pero ella me eligió a mí. El pecho me quema cuando pienso en ella y he llorado de alegría al recordar su rostro, es mucho sentimiento”*. La relación se sostiene a penas por dos meses, un día ella decide terminarla afirmando que siente interés por otro chico. A D se le desgarró la existencia, está destrozado, cuestiona el sentido de la vida, plantea situaciones en las que se hace daño, ha sufrido náuseas, vómitos, diarrea, dolores en el cuerpo, *“Con ella sentí algo que siempre me faltó. Me sentí completo”*.

Los efectos que restan de esa ruptura se pondrán en evidencia pronto, la castración se muestra con más fuerza que nunca luego de perder al objeto amado y el primer método que encuentra para lidiar con eso es un consumo desmedido que le causa inmensa culpa. Pronto logra regularlo al decidir trabajar su cuerpo, fortalecerlo y convertirlo en uno que pueda ser deseado. Es así que pasa por varias sesiones de

gimnasio, distintos estilos de defensa personal, yoga y lee sobre buena alimentación. Para su pesar, esa solución tampoco se sostuvo.

Un día decide disfrutar de un cigarrillo en su casa, su mamá y hermano no estaban así que decidió hacerlo en el patio, mas no escondido en su habitación. Lo que inicia como un momento placentero se torna horroroso al concebir una fuerte presión que le quemaba el pecho, se le magnificaron los sonidos y sufrió una terrible rigidez corporal, en especial en el torso y los brazos que le duró dos días, *“me sentí comprimido, aplastado”*. Al comentarlo explica creer que se debe al exceso de ejercicio y al temor de sentir que su mamá llegaría y lo descubriría, pero al insistir en la interrogación explica que siempre ha vivido su vida evitando los problemas, pero ahora cree que no la lleva apropiadamente y siente que carece de ejemplos pues no los encuentra ni en su hermano o sus papás.

“Los quiero, pero creo que han hecho mal las cosas. Me siento perdido, siento que soy sin camino, sin rumbo... Siempre me he imaginado con una mujer que me oriente, que sea mi pareja, y ahora lo siento más lejos que nunca, cada vez me siento menos guapo y no tengo a nadie”. Poco tiempo antes comenzó a usar brackets, sus compañeros han crecido y él es de los más bajos de su salón, además le bromean diciendo que pronto perderá su cabello. Pasará del *ser bajo* al *ser chiquito*, y terminará hablando de su miembro que no es tan viril como supone, no le preocupa el tamaño, le preocupa no durar en el acto o no estar a la altura para complacer a su mujer, asegura haber dejado de masturbarse y ver pornografía para asegurar que durará más, *“Yo podría desear muchas cosas, pero para mí es importante una mujer, no es que me voy a casar pero una mujer evita que desee otras cosas”*.

Los síntomas de D buscan evitar entrar en conflicto con el Otro, en el colegio cumple con lo necesario para alcanzar notas decentes y cuando carece de actividades que atañen al deber entonces prefiere dormir *“para no tener problemas con la ley, el colegio o mamá”*. Ya había tenido relaciones sexuales con chicas, pero al ser encuentros carentes de amor, *sin conexión*, no lo satisfacen, y el esquivar fiestas y actos sociales era su forma de evitar conflictos con el Otro sexual.

Su papá entra a prisión por tercera vez, nuevamente tráfico de alcohol, y en esta ocasión su hermano mayor es obligado a realizar los cobros pendientes de ese negocio pues sino se quedarían sin dinero. Al ver la situación de su hermano sostiene lo

siguiente: “A mi edad yo solo soy el hijo de alguien, la gente me conoce según quiénes son mis papás. Me avergüenzo de mi papá...quisiera poder ya hacerme un nombre propio”. No tardará en asociarlo a su situación con las mujeres y formulará lo que podría considerarse su posición fantasmática, él es un *hombre con nada que ofrecer*.

“Es feo saber que mi papá fue y sigue siendo un criminal, que frecuenta gente malvada y hace cosas ilegales. Es feo que mi mamá sea una traumada que no pueda seguir adelante. Yo no quiero eso para mis hijos, por eso desearía ser profesional y que puedan estar orgullosos de mí, hacer las cosas bien. Mi papá se ilusionó con tener una familia pero no amó a mi mamá e hizo todo mal”.

Ejemplo de una pasividad indiscutible tal como lo muestra la forma en que comienza su trabajo psicológico, permanecía siempre a la espera de alguna señal de amor que provenga del Otro. Sin embargo su madre, mujer fálica, no daba muestra de falta en la cual poder alojarlo, mientras que su padre ha ubicado ya a su novia, y por ende a los hijos de ella, como objeto causa de su deseo, quedando D como un objeto desalojado. Estas decepciones amorosas son desplazadas por D hacia sus amigos, mujeres que le interesan e incluso su psicólogo, quedando a la expectativa de la iniciativa del Otro, pues él *no tiene nada para ofrecer*. Harán falta algunos señalamientos para que continúe elaborando sobre el tema.

Desde siempre su mamá le ha insistido a D y a su hermano mayor el parecido físico que tienen con el padre, pero lo que fue un operador de identificaciones apropiadas para el Edipo, luego del divorcio devino obstáculo para encaminar el deseo a objetos por fuera del campo familiar. Para D, el que su mamá le repita que ambos “*son la misma mierda que el papá*”, significaba que desear era peligroso pues podría terminar como su padre, y la ruta del deseo se hallaba limitada por los significantes incestuosos de su madre.

Se trató de abrir para D pequeños intersticios mediante los cuales su deseo pueda fugarse del terrible peso que el goce del Otro implicaba para él, un Otro que lo *comprimía*. Disminuir la fuerza de la palabra materna, buscar agotar el sentido de sus pobres identificaciones al papá y el hermano, abrir el espacio a cortas sesiones grupales en las cuales, con la ayuda de la mediación que su psicólogo podría hacer como Otro, pueda restablecer su vínculo con amigos para luego hallar un abanico de

identificaciones posibles, y, sostener su pregunta acerca del qué sería ser un hombre, pregunta acerca de la virilidad.

El trabajo se ha orientado a través de aquellas coordenadas. D está por cumplir 19 años, puede señalarse que ubica a una mujer como objeto causa de su deseo, ya no busca una que se ajuste a las exigencias maternas, sabe que quiere encontrar una que cumpla con una sola condición, *que esté dispuesta a ser amada*, lo cual seguiría siendo el opuesto a su mamá. Mientras que para él su virilidad es una que aún está por verse, ya no se trata solo de tener un cuerpo que parezca el de un hombre, sino que además lo asocia con cierto traspaso desde lo pasivo a lo activo, y ha conocido a una chica que él ha decidido abordar e invitar a fiestas, se trata de una chica muy atractiva proveniente de una familia con mucho dinero, eso lo intimida, pero no permite que lo detenga ya que si él es un hombre, sabe al menos que es uno diferente a su papá.

Análisis de los casos

Se han expuesto dos casos clínicos capaces de ejemplificar en la práctica aquello que se propone en el marco teórico como pura teoría. A medida que se fue progresando en la lectura de ambos casos, éstos se van asociando con ciertos puntos de la teoría que permitan una lectura psicoanalítica del malestar de aquellos sujetos.

Ahora es importante ofrecer un análisis de los casos que permita una puntualización precisa sobre la teoría que acompaña el trabajo realizado con ambos adolescentes. Para lograr su cometido se ha seleccionado ciertos postulados del marco teórico considerados de mayor valor al momento del trabajo con un adolescente. Los cuales serían:

Sobre el primer capítulo: Transmisión del NP, Familia como ficción y familia como función, Ideal del yo como efecto de familia

Sobre el segundo capítulo: Salida de la pubertad y entrada a la adolescencia, Demanda dirigida.

Para el tercer capítulo: Síntoma(s)

Transmisión del NP

A pesar de las quejas sobre el padre, en ambos casos se presencia la transmisión del significativo NP, de eso da cuenta la estructura neurótica que presentan ambos sujetos, pues sin dicha transmisión se tratarían de casos de psicosis, sin embargo lo que varía entre J y D es la solidez y eficacia de dicho significativo.

En la historia de J es el padre quien siempre ejerció la autoridad en el hogar, era él quien sancionaba si sus notas bajaban del promedio esperado, lugar que le era reconocido por la madre de J, quizás demasiado, pues la pobre mediación que ella pudo realizar entre el hijo y el padre dio lugar al drama familiar en el cual J la salvaba del padre, y a su hermana también.

Para D ocurrió de otra manera. Su papá sostuvo el semblante medianamente bien, pero no tardó en hacerse caer mediante sus malas decisiones, y al cual la palabra materna humillaba constantemente. Un padre criminal juzgado por la ley y una madre que impone un destino similar, se presentan como real que no alcanza a ser velado por un NP que se ha transmitido de forma endeble, es por esta razón que para D, ante las crisis, su goce es uno no regulado que se le escapa del control del cuerpo.

Familia como ficción y familia como función

En J la familia es una ficción que se ofrece como polo de identificaciones con lugares y semblantes que cada sujeto sostiene, en ella cada uno ocupa un lugar. Puede proponerse que su familia, a pesar de sus dificultades, también se sostiene como función, pero hizo falta que J realizara un recorrido de su historia para que pueda vivir sus efectos. Los celos que hereda del padre y formas de hacerse desear que aprendiera de su madre, constituye aquello que no se transmite mediante la palabra, que no se habla en la familia pero que le permite a J disponer de un saber hacer con su relación, con el goce.

Para D su familia opera como ficción únicamente en el borde del Edipo permitiéndole ubicar su sexo como macho, pero en el más allá de aquel borde esa ficción a penas se sostiene debido a la carencia de rasgos identificatorios posibles de hallar entre sus familiares, podría señalar su identificación al hermano, pero su hermano también se sostenía en una identificación a D, se trataba de una relación especular. En cuanto a la familia como función se resaltan dos puntos: el que D se

interese en mujeres que sean lo opuesto a su mamá, y que la forma de hacer lazo, aunque le cause problema, sea mediante la pasividad que desplaza de la relación con su padre. Sin embargo, la familia de D no lograba velar lo real, silenciarlo, callarlo, y por el contrario, pareciera que quedaba expuesto. Con consecuencias para la vida de D.

Ideal del yo como efecto de familia

Para J, su ideal fantasmático es ofrecerse como el objeto que llene de felicidad a los otros, se trata de un ideal sobre la felicidad. Creerse capaz de hacer feliz a “*todo el mundo*” implica estar felicizado por su madre, quien resaltaba lo feliz que la hacía que él la comprenda, la escuche y la acompañe. Al realizar que con amor y cariño no basta, no abandona el ideal, lo replantea y entonces el dinero, los lujos y los viajes serían los medios para conseguirlo. Finalmente su trabajo lo lleva a replantearse lo que creía saber sobre la felicidad, ella deja de ser la meta, la respuesta, para convertirse en pregunta, en su pregunta. Es un ideal que interroga y moviliza.

Para D su ideal en un primer momento es el de su madre, mamá es Otro terrible que propone cómo y de quién gozar, y, si para ella sus hijos son lo peor que existe, D buscará inconscientemente complacerla mediante pequeños actings-out como lo sería el consumo que traslada al interior de su casa. Más adelante se ubicará una mujer como su ideal, otra mujer, pues en realidad en el primero también se trataba de la mujer que sería su madre. Un ideal fantasmático que conduce la búsqueda por una mujer “*que lo oriente*”, “*que lo complete*” y con la cual tal vez formar una “*buena familia*”, pues él no tiene nada para ofrecer a una madre fálica.

Salida de la pubertad y entrada a adolescencia

Se sostiene que la pubertad llega, y a la adolescencia se entra. La pubertad es el encuentro con un goce que se muestra como algo nuevo para el sujeto, y por lo tanto la posibilidad de dirigirlo hacia nuevos objetos, la elección que se haga podría ubicarse como su adolescencia. Al inicio del trabajo, J tiene 14 años, su cuerpo ya no es el mismo que tuvo a los 11 o 12 años, ya hablaba de “*las niñas*”, pero sin ningún interés particular, salvo la amistad. Las notas, sus clases, y las fantasías eran lo único que captaba su interés, así lograba complacer a sus padres, hacerlos felices, a pesar de hallarse en la pubertad. En cuanto a su adolescencia, su entrada se ubicaría en el

desencuentro amoroso que lo lleva a formular una frase que iría en contra de su fantasma infantil, lo que hasta ese momento había sido para él *todas las mujeres quieren cariño y atención como mi mamá*, se convirtió en una revelación horrorosa que sanciona “*¡Todas las mujeres quieren maltrato!*”, revelación que lo obliga a replantear muchas cosas, pues aunque supo dirigirse hacía una persona del sexo opuesto, solo lo hizo al igual que un niño que busca abrazar a su madre, y no como un hombre que desea a una mujer.

D inicia su trabajo interrogado por la masturbación, tiene 15 años y ya ha tenido dos novias, que en realidad no significan nada pues si esas relaciones fallan, no se debe al encuentro o desencuentro con el Otro sexo, sino a la desaprobación materna. Fueron pequeños intentos que al no ser avalados por el Otro materno conlleva a que D se retraiga al autoerotismo masturbatorio y posteriormente al consumo de sustancias. La verdadera entrada a su adolescencia, debería ubicarse al momento de elegir una chica que supera lo que le gusta a su madre, una que lo ha hecho sentir algo verdaderamente único, “*completo*”, y la decepción posterior que agrava los estragos con el cuerpo.

Demanda dirigida

La demanda de J es dirigida a sus padres, a su familia. Les demanda que respeten su modo de ser adolescente, las formas que él ha encontrado para llevar su adolescencia, pero ellos no responden y por el contrario le imponen modos para ser un mejor adolescente, uno que se divierta más, lo cual paradójicamente, lo sumerge en episodios depresivos que no son registrados por sus padres.

La demanda de D es dirigida al grupo de amigos, que atiendan la demanda de identidad que sostiene, existen dos momentos que valen destacar: el primero ocurre cuando comienza a salir por las noches con sus amigos, los cuales lo sorprenden con la idea de buscar prostitutas y luego realizar actos exhibicionistas con ellas, punto que marca una separación radical con el resto de hombres y que inicia malestar acerca de la falta de referentes; el segundo momento se da cuando contempla en sus compañeros nuevas pasiones por estilos de vida activas y saludables, a lo cual intenta identificarse como solución posterior a su ruptura amorosa, y éstos lo descalifican y finalmente desarman su intento, cuyo resultado sería la manifestación de un cuerpo con límites frágiles.

Síntoma(s)

La adolescencia es propuesta como la serie de síntomas que el púber encuentra para manifestar su modo de ser adolescente, el problema de aquellos síntomas es que carecen de una articulación apropiada entre los tres registros de la vida psíquica, lo real, lo simbólico y lo imaginario, y por lo tanto les cuesta sostenerse y están en constante reinvención.

En J sus síntomas recorren desde el temor a los padres y su dedicación estudiantil, la depresión y pérdidas del sentido de la vida, los celos, el aislamiento en producciones desenfundadas de fantasías hasta que es despertado por sus sueños.

En D figura la culpa por la masturbación, el consumo, su privación social, el interés y trabajo por el cuerpo, la compresión corporal, su depresión por el deterioro del cuerpo, la pasividad que defiende del Otro.

Hasta ahora un compendio de lo que se ha llamado síntomas como verdad, cuyo sentido puede profundizarse e interrogarse, sin embargo el síntoma como goce tiene relación con el fantasma, se trata de un síntoma cuyo sentido no puede ser agotado porque no atañe a lo simbólico, sino a lo real. Bajo esa dirección, se propondría la *búsqueda por el sentido de la felicidad* en J y el *encuentro con algo para ofrecer al Otro* en D, lo que se llamaría el síntoma como goce, cuya fuerza puede presenciarse que los acompaña a lo largo de sus historias, atravesando sus decisiones, generando malestar y placer. Punto radical que concierne únicamente al sujeto y en el cual la familia queda por fuera de la ecuación.

5. Metodología

En una institución educativa particular de la ciudad de Guayaquil, se ha ejercido la función de psicólogo clínico durante aproximadamente 4 años, en los cuales, acorde a la estadística presentada en la institución, se ha brindado un total de 3887 entrevistas a los estudiantes que asisten a la institución, y un promedio que circula entre 160 y 200 estudiantes atendidos por año. Los jóvenes rondan las edades entre los 11 y los 19 años.

La asistencia a psicología en la institución responde a una de tres posibles situaciones: que se presente una urgencia emocional que deba ser atendida por el Departamento de Psicología; que un docente o miembro de la institución realice la derivación de un estudiante señalando los motivos de la misma, por lo cual posteriormente, el psicólogo llamaría al estudiante en mención; y, mediante solicitud del estudiante al profesor o inspector, para asistir al Departamento de Psicología para hablar de situaciones que le generan malestar.

Por lo general el tiempo de las entrevistas es un estimado entre 25 y 45 minutos, salvo situaciones específicas que requieran de más. Una vez que se atienden las crisis o el malestar por el cual se consulta, el estudiante es libre de continuar asistiendo las veces que considere, es así que los jóvenes que conforman los casos presentados en la investigación consultaron por su propio interés. La propuesta es sostener a jóvenes dispuestos a ocuparse y responsabilizarse de su malestar subjetivo.

En cuanto a la elaboración del proyecto, el enfoque metodológico considerado es el cualitativo-inductivo, el cual se argumenta siguiendo los parámetros propuestos por Hernández-Sampieri (2006):

Se pasó de lo particular a lo general; la recolección de datos fue no estandarizada; el análisis no fue estadístico; se pretendió obtener las perspectivas y puntos de vista de los participantes (emociones, experiencias, significados y otros aspectos subjetivos); no hubo manipulación de variables ni de la realidad; no se esperó generalizar de manera probabilística los resultados a poblaciones más amplias; se estudiaron realidades subjetivas; el objeto de estudio y los instrumentos utilizados correspondieron al paradigma cualitativo.

La investigación fue interpretativa. Se habló de las familias y se realizó un recorrido teórico acerca de la concepción de la adolescencia en el campo del psicoanálisis, sin embargo se intentó responder desde lo experimentado y subjetivado en una institución educativa por aquellos adolescentes que fueron presentados en el trabajo como casos clínicos.

Además, para la conformación del marco teórico se usó la investigación documental mediante la cual se busca aumentar el contenido bibliográfico del estudio teórico considerando estudios anteriores; y, la exégesis de textos al exponer, explicar y describir textos relacionados con el psicoanálisis.

El diseño de la investigación fue fenomenológico: A partir de las múltiples entrevistas con jóvenes se intenta explicar lo que para ellos implica la adolescencia. Mientras que el tipo de estudio consistió en estudio de caso, sostenido mediante la presentación y profundización de dos casos clínicos.

a. Objeto de estudio.

Se profundizó en el trabajo realizado con dos adolescentes, estudiantes de una institución educativa particular en la ciudad de Guayaquil. La muestra fue intencional pero no probabilística. Los jóvenes presentados se eligen por razones relacionadas con características de la investigación. La muestra es homogénea, pues poseen un perfil similar y se centran en la investigación al resaltar situaciones o procesos propios de un grupo social.

b. Posibles instrumentos de investigación.

Observación no estructurada participante: El investigador observó a los adolescentes presentados desenvolviéndose libremente en distintos contextos dentro de la institución educativa: salón de clases, encuentros en los pasillos, recreos/recesos.

Entrevistas semidirigidas de carácter clínico: Las entrevistas realizadas dentro del Departamento de Psicología de forma individual con cada adolescente.

6. Conclusiones

Habiendo expuesto la teoría, y finalizado el análisis de los casos clínicos, es momento de concluir. Si la propuesta inicial, que ha ubicado como eje central la inoperancia familiar, interroga acerca de la posible relación causal entre la familia y los síntomas que manifiesta un adolescente, es menester señalar de entrada que eso no funciona así.

A lo largo del trabajo se ha insistido en la responsabilidad que atañe al sujeto en cuanto a lo que se refiere a su sufrimiento y malestar. Un trabajo a realizar, orientado por el psicoanálisis, sostiene dicha responsabilidad del sujeto como primordial para que aquel trabajo se sostenga, no se trata de señalar las culpas y a los culpables, sino de lograr el encuentro del sujeto con aquello de su sufrimiento que se repite incesantemente y que escapa de su control.

Afirmar que la inoperancia familiar es la responsable de los síntomas del adolescente, plantea dos problemas: el primero es que si se habla de la inoperancia de la familia, quiere decir que desde su conformación ya se espera alguna operatividad de parte de ella y que no está cumpliendo; el segundo problema concierne al adolescente, y es que si todo es culpa de su familia, no habrá independencia o separación necesaria con respecto a ella, permaneciendo fijado a una posición infantil.

Si la propuesta sobre el síntoma del niño consiste en que es el resultado de la relación entre sus padres, el efecto de la dinámica familiar, podría señalarse que en el caso del adolescente, su síntoma sería el efecto de la *des-relación familiar*, es decir, de la puesta a prueba de las enseñanzas y transmisiones que devienen del Otro familiar, y la constatación ulterior de su pobre eficacia al momento de intentar introducirse en el campo del Otro sexo.

La familia interesa en tanto ocupa el lugar del Otro primordial en la constitución subjetiva del sujeto, un sujeto no es sin el Otro. De la familia deberán advenir los significantes que permitan una suerte de sentido a la vida y la existencia, poderosas palabras capaces de sostener una conexión entre el sujeto y la vida, con la solidez necesaria para frenar el goce mortífero propio de todo sujeto.

Pero nadie experimenta la falta del Otro como lo hace un adolescente, en su nueva situación encarna la falla en el lenguaje. Indispuesto de la palabra, es por eso que los

adolescentes mantienen una disposición manifiesta al acting out como modo predilecto para dirigir su demanda al Otro, acting -out que siempre será mensaje a descifrar. Eso es lo único que un adolescente puede esperar de su familia, que en el momento en que dirige su demanda hacía ellos, una verdadera demanda en el sentido psicoanalítico, que en ese momento ellos sepan responder, si no al menos que lo intenten.

Los síntomas de un adolescente no son el reflejo de su familia, pero su familia puede sostener para que aquellos síntomas sean menos molestos, y que el estadio que se nombra como adolescencia, sea uno menos doloroso de transitar, aunque doloroso de todos modos. Es algo que se muestra en los casos de J y D, ambos con intenso dolor y sufrimiento a lo largo de su adolescencia, con manifestaciones sintomáticas únicas y con estructuras familiares diferentes. La familia de J lograba responder, aunque lo hacía desde el ideal parental, que ya había caído de su lugar del Otro. La familia de D no respondía, no escuchaba, no había lugar para la palabra de D, salvo en la relación con su hermano, el cual también se quejaba de la familia.

Contrario a lo que pudiera señalarse, el problema para ambos adolescentes no giraba en torno al tener malas familias, o a la fantasía de haber podido tener unas mejores, que las familias sean malas o buenas es irrelevante ante el sujeto. No, su verdadero problema consiste en que ambas familias, con su ruidoso goce, que no podían mantener en secreto, estaban muy presentes en la vida de J y D, involucradas en sus decisiones, imponiendo deseos e ideales, señalando cómo y de quién gozar, marcando destinos.

En *Del síntoma al fantasma. Y retorno* (2018), Miller realiza un recorrido del fantasma desde el Fort-Da de Freud, y explica que la lógica de aquel juego corresponde a la misma de la fórmula del fantasma, pues permite al sujeto ubicarse en relación al deseo del Otro, en este caso la madre que ha sido llamada a otro lugar. Lo interesante a destacar es la importancia que Miller otorga a la ausencia de la madre, y luego señala: "De entrada hace falta la presencia del Otro del significante. Pero eso se basta con el lugar, en tanto justamente está bien simbolizado por la ausencia del Otro". (Miller, 2018, p.56)

Para que el Otro esté, para que tenga efecto sobre el sujeto, hace falta que también no esté, que abra espacio a la ausencia, a la falta. Para que el fantasma de un adolescente pueda acomodarse a su nueva situación, es necesario que la familia caiga,

que su presencia no sea absoluta, sólo así el sujeto puede entrar en el juego que "le permite volverse el director de la escena" y "anular, obliterar el hecho de que si no sería sólo la marioneta del significante" (p.56) de sus padres.

Un adolescente tendrá que vérselas sólo ante la imposibilidad de encajar su goce en una dialéctica armónica que haga comunión con otros goces. Pero el que se vea sólo ante lo enigmático de su goce, no implica que también deba enfrentar en soledad lo real del goce familiar. Si la familia debería cumplir alguna función, ésta sería la de transmitir un saber hacer con lo real del goce, pero esto no es posible y por eso ella es inoperante, es decir que jamás cumple del todo su función. Sin embargo, el no intentarlo expondría lo real familiar sin velos, lo cual es un problema grave con consecuencias, eso demuestran ambos casos presentados: la sexualidad expuesta de los padres, los vicios, el adulterio, el crimen, la decepción.

Ante los sucesos propiciados por los encuentros entre los goces, ante la insistencia de deseos que a veces son deshumanizantes, la institución educativa puede surgir y presentarse como una de las tantas ofertas que se le hace a un adolescente para mantenerse enganchado a la vida, pues a través de encuentros regulados, el establecimiento de vínculos con adultos significativos, los múltiples ideales que puede encontrar entre los que figuran el arte, el deporte, el campo académico, la política estudiantil, gracias a todos eso, la Institución educativa se presenta como un escenario posible de la relación sexual, que en realidad no existe, pero se erige como un consistente velo ante lo real, además será el espacio donde podrá hallar con más facilidad un grupo de amigos que lo acoja, lo cual también abre la posibilidad de comenzar a hacerse un nombre.

La familia desde su lugar de ficción también puede ofrecerse como escenario posible de la relación sexual, y ésta, llegado el momento de haber sido probada inoperante, puede aún sostenerse como puente que permita al adolescente un enganche por la vida, tal vez a través de la distribución de los roles y el lugar que cada uno ocupe en la familia, quizás mediante la relación con sus hermanos/as, e incluso con situaciones aparentemente insignificantes como el hacerse cargo de una mascota, una familia debe intentar preservar los acuerdos simbólicos.

Finalmente, aunque no es una propuesta del tipo *para todos*, pues hay quienes sus medios y recursos les han permitido transitar el estadio de su adolescencia de forma

poco revoltosa, se cree firmemente que el encuentro con un psicólogo clínico, o con un psicoanalista, viene bien para un adolescente. Se trata del encuentro con alguien dispuesto a acompañarlo en la historización de su vida, al mismo tiempo que se pretende descifrar por qué sus múltiples intentos por destacar, por ser feliz, siempre fallan.

El trabajo y acompañamiento realizado con J y con D a lo largo de casi cuatro años, solamente fue posible gracias a que la institución educativa prestó el espacio para dicha labor, de lo contrario, a pesar de sus síntomas, es poco probable que sus padres hubiesen considerado buscar apoyo psicológico para ellos, sea por las difíciles condiciones económicas o por un deseo que no hay.

Ellos pudieron encontrar múltiples respuestas en aquel espacio, las de cada uno, un trabajo que respeta el deseo del sujeto no ofrece ninguna solución inmediata, sin embargo lo único seguro es que en aquel espacio ellos pudieron encontrar, por un instante, el de cada sesión, la oportunidad para no sentirse solos ante el desamparo en el que cada sujeto se encuentra frente al enigma de su goce. Aquello sería lo que en última instancia puede esperarse de la familia, de la Institución, del grupo de amigos, instantes en los cuales demuestren que a pesar de haber perdido su brillo, de haber caído, pueden sostenerse como espacios a los cuales un adolescente es capaz de dirigirse durante las crisis, como *puntos desde donde* hablar, reformular, replantear, sentir, y mucho más. Una consideración final, aquel psicólogo o psicoanalista, al igual que la familia, deberá también hacerse caer en algún momento.

7. Plan de trabajo

		2017							2018					
	Cronograma:	Oct	Nov	Dic	Ene	Feb	Mar	Abr	May	Jun	Jul	Ago	Sept	Oct
1.	Exploración inicial	X	X	X										
2.	Marco teórico	X	X	X	X	X	X	X	X					
3.	Diseño de investigación	X	X	X	X									
4.	Aplicación de investigación					X	X	X	X	X				
5.	Interpretación de investigación									X	X	X	X	
6.	Elaboración del informe final												X	X
7.	Entrega de tesis													X
8.	Sustentación													X

8. Bibliografía

- Abadi, B. (Agosto, 2006). Una familia hoy-un acting-out. *En Virtualia#15*. Recuperado de <http://www.revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/vUu0y6N73UZ9ql2w0IIxb8Tjr2gbHUUXLyPTvXUf.pdf>
- Andrade, R. (25, Octubre, 2016). Secretos de familia. En *LacanXXI*. Recuperado de <http://www.lacan21.com/sitio/2016/10/25/secretos-de-familia/>
- Bassols, M. (25, Octubre, 2016). Famulus. En *LacanXXI*. Recuperado de <http://www.lacan21.com/sitio/2016/10/25/famulus/>
- Berenguer, E. (Julio-Agosto, 2006). El lugar de la familia en la actualidad: desanudamientos y reanudamientos. En *Virtualia#15*. Recuperado de <http://www.revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/eQJAonGkp6ZGw8nssZSfCbbpj5fpt9EOLAXmGnr9.pdf>
- Berkoff, M. (Septiembre, 2017). Descifrar la mujer. En *Virtualia#33*. Recuperado de <http://www.revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/zmC8mOGLIe5xeQvBD2TC8eIEaREngPO05UWLPMru.pdf>
- Brousse, M-H. (2005). Un neologismo de actualidad: la parentalidad. En *La cause freudienne 60*[Artículo trabajado en la cátedra de La familia: paternidad Vs parentalidad, en la maestría en Psicoanálisis y educación, I Promoción, 2018]: Universidad Católica de Santiago de Guayaquil.
- Coccoz, V., Roy, D., Halleux, B., Seynhaeve, B., Lacadé, P. (2014). *La práctica lacaniana en instituciones. Otra manera de trabajar con niños y jóvenes*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Cottet, S. (1991). Pubertad catástrofe. En *Logogrifo*, agosto, Caracas, Venezuela. [Artículo trabajado en la cátedra de Clínica del púber y del adolescente de la maestría en Psicoanálisis y educación, I promoción, 2018]: Universidad Católica de Santiago de Guayaquil
- Cottet, S. (1996) *Estructura y novela familiar en la adolescencia*. [Artículo trabajado en la cátedra de Clínica del púber y del adolescente de la maestría en Psicoanálisis y educación, I promoción, 2018]: Universidad Católica de Santiago de Guayaquil
- Czernik, G., Giménez, S., Mora, M., Almirón, L. (2, Septiembre, 2006). *Variables sociodemográficas y síntomas de depresión en estudiantes universitarios de*

- Medicina de Corrientes, Argentina*. En Alcmeon, vol13, N°2. Recuperado de https://www.alcmeon.com.ar/13/50/6_czernik.htm
- Dolto, F. (1986). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Buenos Aires: Paidós.
- Esqué, X. (2016). *La puesta en acto de la realidad del inconsciente en la institución*, en Ornicar?, Recuperado de: <http://wapol.org/ornicar/articles/242esq.htm>
- Ferreira da Silva, R. (2015). *El imperio de las imágenes y la adolescencia*. En Cárdenas, M.H. y Gorostiza, L. (Ed.) Bitácora Lacaniana. Sinthome y cuerpo hablante (pp. 222-226). Buenos Aires, Argentina: Grama ediciones.
- Freud, S. (1915). *Observaciones sobre el amor de transferencia*. En Obras Completas-1ra ed. (pp. 1689-1696). Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2012.
- Freud, S. (1892-3). *Un caso de curación hipnótica*. En Obras Completas-1ra ed. (pp.22-29). Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2012.
- Freud, S. (1895). *Estudios sobre la histeria*. En Obras Completas-1ra ed. (pp.39-168). Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2012.
- Freud, S. (1914). *Sobre la psicología del colegial*. En Obras completas-1ra ed. (pp.1892-1894). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2012.
- Freud, S. (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. En Obras Completas-1ra ed. (pp.2833-2883). Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2012.
- Fryd, A. (2012). *Otra vez el padre: cinco momentos en la obra de Lacan y sus resonancias en la clínica*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Gallo, H. (2017). *Violencia escolar y autoridad. El bullying desde la perspectiva psicoanalítica*. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.
- Hernández Sampieri, R.; Fernández, C.; Pilar, L. (2006). *Metodología de la investigación*, México D.F., McGrawHill
- Lacadé, P. (2010). *El despertar y el exilio. Enseñanzas psicoanalíticas sobre la adolescencia*. Madrid: Editorial Gredos.
- Lacan, J. (1938). *La familia*. Barcelona: Editorial Argonauta.

- Laurent, E. (Septiembre, 2017). ¿Cómo recomponer los Nombres del Padre? En *Virtualia#33*. Recuperado de <http://www.revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/rKzkEG9cfvkg3W6xjinwCmhAC3JzvcIWu8qJ3Nvk.pdf>
- Laurent, E. (2006). Las nuevas inscripciones del sufrimiento del niño. En revista *Le petitegiraje* (pp.36-41) [Documento de la cátedra La familia: Paternidad Vs parentalidad, de la maestría en Psicoanálisis y Educación I Promoción, en 2018]: Universidad Católica Santiago de Guayaquil.
- Lecoeur, B. (1997). *Estructura del sujeto. Clínica de la ebriedad en el adolescente*. En Registro Tomo Verde Año 5. Buenos Aires.
- Lijntens, C. (Agosto, 2006). Conferencia sobre la familia. En *Virtualia#15*. Recuperado de <http://www.revistavirtualia.com/articulos/527/dossier-nuevas-ficciones-familiares/conferencia-sobre-la-familia>
- Marín, M. (1993) *El amor y la adolescencia*. En *Dossier n°5: Cuadernos europeos de psicoanálisis*. (pp. 29-30)
- Masotta, O. (2006). *Lecciones de introducción al psicoanálisis*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Miller, J-A. (1990). *Acerca del Gide de Lacan. Fragmento de un seminario de lectura*. Buenos Aires: Malentendido.
- Miller, J-A. (2002). *De la naturaleza de los semblantes*. Barcelona, España: Paidós.
- Miller, J-A. (2004) *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Barcelona, España: Paidós.
- Miller, J-A. (2004). *Lógicas de la vida amorosa*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Miller, J-A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Barcelona, España: Paidós.
- Miller, J-A. (2006). *La ética del psicoanálisis*, En: Introducción a la clínica lacaniana. ELP-RBA. Barcelona.
- Miller, J-A. (2005) *Sobre el enverso de las familias*. En XXXV Jornadas E.C.F
- Miller, J-A. (2008). *El partenaire síntoma*. Buenos Aires, Argentina. Paidós

- Miller, J-A. (2018). *Del síntoma al fantasma. Y retorno*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.
- Mira, V. (1993). La adolescencia no es un diagnóstico. En *Dossier n°5: Cuadernos europeos de psicoanálisis*. (pp. 31-37)
- Morales, H. (2014). *Otra historia de la sexualidad*. México: Palabra en vuelo.
- Mozzi, V. (25, Octubre, 2016). Enredos de familia...sus asuntos en la práctica. En *LacanXXI*. Recuperado de <http://www.lacan21.com/sitio/2016/10/25/enredos-de-familia-sus-asuntos-en-la-practica/>
- Ramírez, M. E. (2014). *Despertar de la adolescencia*. Freud y Lacan, lectores de Wedekind. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Real Academia de la Lengua Española. [Edición del tricentenario, actualización del 2017]. Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=Y00ZvBC>
- Redacción Sociedad (6 de Julio del 2014). El suicidio es la segunda causa de muerte entre jóvenes de 12 a 17 años. *El telégrafo*. Recuperado de <https://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/sociedad/6/el-suicidio-es-la-segunda-causa-de-muerte-entre-jovenes-de-12-a-17-anos>
- Ricaurte, A. (2007). *La segregación del amor en la época del Otro que no existe. Consecuencias clínicas y sociales*. [Documento entregado en la cátedra Psicopatología del adolescente, año 2014]: Universidad Católica de Santiago de Guayaquil.
- Rodriguez, J.R. (Septiembre, 2017). Notas sueltas del padre. En *Virtualia#33*. Recuperado de <http://www.revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/edx9UZVnNIGD7dhJbrpcLMx0xm473SMk2lvfTuzX.pdf>
- Sánchez, B. (Julio-Agosto, 2006). La familia entre ficción y función. En *Virtualia#15*. Recuperado de <http://revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/vU8SGOdEyMNWwMh3xrnh3eMt1IEfdiJZsbCasvQ.pdf>
- Seynhaeve, B. (2015). *Acondicionar un espacio para el síntoma*. En Cárdenas, M.H. y Gorostiza, L. (Ed.) *Bitácora Lacaniana #4. Sinthome y cuerpo hablante* (pp.176-187). Buenos Aires, Argentina: Grama ediciones.

- Sinatra, E. (25, Octubre, 2016). Asuntos de familia: el Otro en Uno. En *LacanXXI*.
Recuperado de <http://www.lacan21.com/sitio/2016/10/25/asuntos-de-familia-el-otro-en-uno/>
- Sinatra, E. (Septiembre, 2017). Adiciones en familia. En *Virtualia#33*. Recuperado de <http://www.revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/Loih03bIYVRQyPBJRkdV8vPNSIb1TpmHbFTMShTb.pdf>
- Sota Fuentes, M.J. (25, Octubre, 2016). Las ficciones de familia y el goce huérfano. En *LacanXXI*. Recuperado de <http://www.lacan21.com/sitio/2016/10/25/las-ficciones-de-familia-y-el-goce-huerfano/>
- Stevens, A. (1998). La adolescencia síntoma de la pubertad. En *Actualidad de la práctica psicoanalítica, psicoanálisis con niños y púberes*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Labrador.
- Stevens, A. (2001). Cuando la adolescencia se prolonga. En *La pubertad no es la adolescencia* (pp.5-16) [Artículo trabajado en la cátedra de Clínica del púber y del adolescente de la maestría en Psicoanálisis y educación, I promoción, 2018]: Universidad Católica de Santiago de Guayaquil
- Stevens, A. (2001). *Nuevos síntomas en la adolescencia*. [Artículo trabajado en la cátedra de Clínica del púber y del adolescente de la maestría en Psicoanálisis y educación, I promoción, 2018]: Universidad Católica de Santiago de Guayaquil
- Sureau, M-C. (Octubre, 1993). *¿Curar de la adolescencia?* En Letterina: Archives de L'association du Champ Freudien-Normandie. [Artículo traducido por Ana Ricaurte para la cátedra de Psicopatología del Adolescente, en el año 2014]: Universidad Católica Santiago de Guayaquil.
- Torres, M. (Julio-Agosto, 2006). La familia y el malentendido particular, madre sola y nuevas virilidades. En *Virtualia#15*. Recuperado <http://www.revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/tMFQ3zy6SoVIq4yPBdVq5bJApzBa3iKSiu9BV25m.pdf>
- Trobas, G. (Abril-Mayo, 2003). Dialéctica del acting-out. *Virtualia#7: Revista digital de la EOL*. Recuperado de <http://www.revistavirtualia.com/articulos/682/destacados/dialectica-del-acting-out>

Tubert Silvia, (22, Octubre, 2005). *La experiencia del cuerpo en la adolescencia.*

Recuperado de http://www.escuelapsicoanalitica.com/wp-content/uploads/2014/06/AECPNA_00_SilviaTubert.pdf

Velázquez Arbaiza, I. (2017). *Modelo clínico de intervención psicológica para atender las demandas psicoafectivas de los adultos mayores en las instituciones gerontológicas.* Guayaquil, Ecuador: Dirección de Publicaciones de la Universidad Católica Santiago de Guayaquil.

Wedekind, F. (1954). *Despertar de la primavera. Drama en tres actos.* Buenos Aires: Editorial Quetzal



DECLARACIÓN Y AUTORIZACIÓN

Yo, Javier Emilio García Navas con C.C: #0926225202 autor(a) del trabajo de titulación: *Los adolescentes y sus síntomas. Un reflejo de la inoperancia familiar* previo a la obtención del grado de **MASTER EN PSICOANÁLISIS CON MENCIÓN EN Educación** en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tienen las instituciones de educación superior, de conformidad con el Artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la SENESCYT a tener una copia del referido trabajo de graduación, con el propósito de generar un repositorio que democratice la información, respetando las políticas de propiedad intelectual vigentes.

Guayaquil, 21 de noviembre del 2018

Nombre: Javier García
C.C: 0926225202



REPOSITORIO NACIONAL EN CIENCIA Y TECNOLOGÍA

FICHA DE REGISTRO DE TESIS/TRABAJO DE GRADUACIÓN

TÍTULO Y SUBTÍTULO:	Los adolescentes y sus síntomas. Un reflejo de la inoperancia familiar.		
AUTOR(ES) (apellidos/nombres):	García Navas Javier Emilio		
REVISOR(ES)/TUTOR(ES) (apellidos/nombres):	Tutora: Guerrero de Medina Nora/ Revisores: Trelles Irene; Cárdenas Paulina		
INSTITUCIÓN:	Universidad Católica de Santiago de Guayaquil		
UNIDAD/FACULTAD:	Sistema de Posgrado		
MAESTRÍA/ESPECIALIDAD:	Maestría en Psicoanálisis		
GRADO OBTENIDO:	Master en Psicoanálisis con mención en Educación		
FECHA DE PUBLICACIÓN:	21 de noviembre del 2018	No. DE PÁGINAS:	100
ÁREAS TEMÁTICAS:	Psicología, Salud mental.		
PALABRAS CLAVES/ KEYWORDS:	Adolescente; Adolescencia; Pubertad; Síntoma; Familia.		
RESUMEN/ABSTRACT:	<p>Dificultad presente en los adolescentes, pertenecientes a una institución educativa en la ciudad de Guayaquil, para enfrentar las contingencias reflejado en su sintomatología que da cuenta de una inoperancia familiar.</p> <p>En sus discursos figuran dramas familiares, los cuales pasan desde familias aparentemente tradicionales hasta las nuevas familias compuestas, todas con un rasgo en común: los roles son confusos, y los puntos de referencia se han perdido, lo cual trae ciertas dificultades.</p> <p>Existen muchos espacios físicos destinados a los adolescentes, por ejemplo dentro de las instituciones educativas se encuentran departamentos, salones, aulas, en los cuales disfrutar de actividades físicas, lúdicas o deportivas, pero estas no alcanzan si se carece del gusto por la vida que permitirá verdaderamente disfrutar de aquellas actividades, de encontrar un sentido en ellas, he ahí la pregunta que desarma a los maestros: <i>¿y eso, para qué me va a servir en la vida?</i></p> <p>Los adolescentes adolecen por la carencia de algún espacio que les ofrezca la posibilidad de hacer vínculo mediante aquellos rasgos particulares que poseen y les permita alcanzar un saber que les sirva para la vida, un saber que les enseñe cómo vivir por fuera de los caminos pavimentados por la pulsión de muerte. Y sin referencias simbólicas familiares a las cuales retornar en las crisis, quedan atrapados en marcos imaginarios muy frágiles, que se desarman ante lo real de las contingencias.</p>		
ADJUNTO PDF:	<input checked="" type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/> NO	
CONTACTO CON AUTOR/ES:	0991797488	javier.garcia92@hotmail.com	
CONTACTO CON LA INSTITUCIÓN:	Nombre: Rosa Delia Toro García		
	Teléfono: 042 380 4601 ext. 2731		
	E-mail: rosa.toro@cu.ucsg.edu.ec		